



eCOMMONS

Loyola University Chicago
Loyola eCommons

Ignatian Pedagogy Bibliography

Faculty Center for Ignatian Pedagogy

2000

La Identidad Catolica e Ignaciana de la Universidad

John W. Swope

Follow this and additional works at: <https://ecommons.luc.edu/ignatianpedagogy>

Recommended Citation

Swope, John W.. La Identidad Catolica e Ignaciana de la Universidad. Simposio Universitario, , : 71 - 88, 2000. Loyola eCommons, Ignatian Pedagogy Bibliography, <https://ecommons.luc.edu/ignatianpedagogy/449>

This Journal Article is brought to you for free and open access by the Faculty Center for Ignatian Pedagogy at Loyola eCommons. It has been accepted for inclusion in Ignatian Pedagogy Bibliography by an authorized administrator of Loyola eCommons. For more information, please contact ecommons@luc.edu.

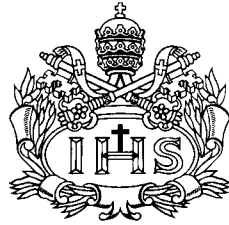
**Pontificia
Universidad
Javeriana**



Orientaciones Universitarias

27

**Pontificia
Universidad
Javeriana**



Orientaciones Universitarias



27

Nº 27

Orientaciones Universitarias

Publicación periódica de la Rectoría
de la Pontificia Universidad Javeriana

Director: Gerardo Remolina Vargas, S.J.
Rector Pontificia Universidad Javeriana

Coordinador Editorial: Julio Alberto Arango Mejía
Asesor del Proceso de Planeación Estratégica

Fotomecánica e impresión: Fundación Cultural Javeriana de Artes Gráficas
—JAVEGRAF—

Santa Fe de Bogotá, D.C., agosto de 2000

CONTENIDO

<i>Presentación</i> GERARDO REMOLINA VARGAS, S.J.	5
<i>Sabiduría, autoridad y libertad del maestro</i> GERARDO REMOLINA VARGAS, S.J.	7
<i>Los desafíos de la educación cristiana a las puertas del tercer milenio</i> PETER HANS KOLVENBACH, S.J.	13
<i>El compromiso de la Compañía de Jesús en el sector de la educación</i> PETER HANS KOLVENBACH, S.J.	23
<i>Alocución del Padre General en la Universidad Sanata Dharma</i> PETER HANS KOLVENBACH, S.J.	33
<i>Alocución del Padre General al Colegio Universitario Loyola</i> PETER HANS KOLVENBACH, S.J.	39
<i>Alocución del Padre General en la Universidad Saint-Joseph</i> PETER HANS KOLVENBACH, S.J.	47
<i>La identidad católica e ignaciana de la universidad</i> DR. JOHN SWOPE LARKIN, S.J.	61

PRESENTACIÓN

Casi desde la fundación, la Compañía de Jesús se ha dedicado a la enseñanza universitaria, a la investigación y las publicaciones científicas. De la astronomía al baile clásico, de las humanidades a la teología, hemos intentado ocuparnos del lenguaje y temática de las culturas heredadas o nacientes. Hemos procurado descubrir, configurar, renovar o promover el conocimiento humano, respetando siempre la autonomía de las disciplinas académicas. También hemos tratado de acompañar en la fe a los hombres y mujeres moldeados por la poderosa fuerza cultural inherente a la universidad como institución.

Con estas palabras, la última Congregación General de los Jesuitas máximo órgano legislativo y de gobierno de la orden, introduce en 1995 su documento sobre *“La Compañía y la Vida Universitaria”*; y nos recuerda que unos tres mil jesuitas trabajan hoy en casi doscientas instituciones de educación superior, con una cobertura de más de quinientos mil alumnos.

Este compromiso educativo de la Compañía de Jesús se apoya en una tradición de más de cuatrocientos años de historia. La pedagogía y filosofía educativa de los jesuitas se ha ido remozando a lo largo de los siglos y ha encontrado en las últimas décadas un especial desarrollo y actualización. Los superiores generales de la orden han ejercido en este desarrollo y actualización un importante liderazgo.

Hoy tenemos el gusto de presentar, en *Orientaciones Universitarias*, las intervenciones que sobre la educación jesuítica ha tenido

el Padre PETER HANS KOLVENBACH, S.J., Superior General de la Compañía de Jesús, y Gran Canciller de la Universidad Javeriana, en los dos últimos años (1998-2000). En ellas se tocan temas tan importantes como los desafíos educativos del tercer milenio, y diversas concreciones de la misión jesuítica en el campo educativo.

Como una muestra de la forma como se impulsan estas orientaciones presentamos también la intervención del P. JOHN SWOPE LARKIN, S.J., en el *Simposio Universitario 2000* realizado en la universidad jesuítica de Córdoba (Argentina), y mi reciente alocución a la Universidad Javeriana en el Día del Maestro (mayo de 2000).

GERARDO REMOLINA VARGAS, S.J.

Rector

SABIDURÍA, AUTORIDAD Y LIBERTAD DEL MAESTRO*

GERARDO REMOLINA VARGAS, S.J.

* Alocución el día del Maestro javeriano (15 de mayo de 2000).

Nos hemos reunido una vez más, para celebrar este día gozoso en que la Universidad Javeriana festeja a sus maestros, les manifiesta su reconocimiento y gratitud, e invita a toda la comunidad universitaria a reflexionar sobre la labor educativa fundamental de ser, toda ella, una auténtica maestra de vida y cumplir de esa manera con el cometido fundamental de la misión: impartir a todos nuestros estudiantes una formación auténticamente integral.

Quiero, pues, comenzar por felicitar y agradecer a todos nuestros maestros universitarios por el ejercicio de esta nobilísima vocación que consiste en formar personas integrales, dándoles simultáneamente una alta cualificación profesional que les permita responder a las urgentes necesidades de nuestra sociedad. Su labor, queridos maestros javerianos, es una de las más elevadas y nobles que puedan ejercer los seres humanos.

Mis felicitaciones y agradecimientos van especialmente a aquellos maestros que hoy queremos exaltar por haber dado muestra, ante sus discípulos y colegas, de las altas condiciones de su magisterio. Su ejemplo ha de ser para todos nosotros un estímulo eficaz para continuar con el esfuerzo de llegar a ser todos auténticos maestros javerianos.

LA SABIDURÍA

La sabiduría es mucho más que el conocimiento y que la ciencia. Podemos ser extraordinarios científicos y al mismo tiempo insensatos, es decir, carentes de sentido, de sabiduría. Me atrevería a decir que el mundo de hoy cuenta con

muchos científicos, y quizás con muchos más tecnólogos, pero con muy pocos sabios. Porque la sabiduría tiene que ver con la vida, no con las cosas y el conocimiento que nos permite su dominio y manipulación. Si tuviéramos más sabios, otra sería la suerte del mundo y de nuestra patria.

La sabiduría es el arte de saber juzgar rectamente de las cosas, de los acontecimientos humanos y sobre todo de los hombres mismos. La sabiduría consiste en asumir serenamente la realidad de la vida y encontrar el verdadero sentido de ella. Es sabio el que sabe gustar la verdad y encontrar su fruición en ella. Es sabio el que es capaz de saborear la belleza de las cosas, el que sabe interpretar la dinámica de los acontecimientos y comportarse dignamente ante ellos. La sabiduría se refiere al sentido de lo humano y también de lo divino. Es el arte de valorar justamente las situaciones y de ejercitar la prudencia en la forma de actuar. Es sabio, ante todo, quien procede con rectitud y busca la justicia. Nuestra historia, nuestra sociedad colombiana necesitan ciertamente, y con urgencia, científicos y técnicos, pero necesita con mayor urgencia hombres sabios. Y han de ser sabios ante todo aquéllos que desean iluminar a otros y conducirlos por los senderos de la vida. Por ello el auténtico maestro ha de ser un sabio. La sabiduría es el fruto maduro de una profunda experiencia espiritual.

LA AUTORIDAD

Esta sabiduría es la que fundamenta y respalda otra de las cualidades fundamentales del maestro: la autoridad de

quien enseña. Del maestro por excelencia, JESÚS de Nazareth, dicen los evangelistas que enseñaba "con autoridad" y no como los escribas y fariseos, es decir, como aquéllos que se jactaban de poseer el conocimiento, pero cerraban a los demás la puerta de la verdad. Algo semejante podemos afirmar de los grandes maestros de la humanidad: BUDA, CONFUCIO, LAO-TSÉ, para citar algunos de los antiguos; y también de algunos de nuestros contemporáneos GHANDI, MARTIN LUTHER KING, la madre TERESA de Calcuta. Su autoridad se imponía a sus discípulos a partir de la sabiduría que manaba de sus labios, pero sobre todo a través de sus acciones. La verdadera autoridad no violenta a nadie, no obra por imposición, sino por convicción. Su fuerza brota del mismo fondo de la vida.

La autoridad es, en efecto, una fuerza moral que se impone de manera serena y tranquila y se acepta con complacencia, porque es el fruto de la autenticidad; es una fuerza que cautiva y embelesa. La autoridad es distinta del poder, que se impone bien sea por la vía física o por acciones y procedimientos que llegan a violentar a las personas. Por el contrario, reconocemos la autoridad de quien con su experiencia y con su vida respalda una visión del mundo y de las cosas que es claramente concorde con la naturaleza humana y sus más altos valores, que permite discurrir sabiamente por la vida. La autoridad se funda en la experiencia y en los hechos de vida de quien, amante de la verdad y de la honestidad, procede con prudencia de acuerdo con ellas, en una total coherencia entre lo que piensa y lo que hace, entre lo que desea y lo que

realiza, entre sus ideales y su realidad. El maestro, por consiguiente, debe enseñar con autoridad; es decir, con esa fuerza moral que brota de su ser experimentado y auténtico. La autoridad del que sólo es un docente se basa en el conocimiento fundamentado y experimentado de quien trasmite un saber. Por su parte, la autoridad del maestro se basa en el testimonio de su vida y en la coherencia de quien comunica una sabiduría.

LA LIBERTAD

Finalmente, el maestro ha de enseñar y formar para la libertad y en la libertad. Maestro es el que anima el crecimiento de los hombres como seres libres. Y para ello, él mismo ha de ser sustancialmente libre. Siempre admiramos a quienes, dentro de su coherencia, son capaces de actuar con libertad de espíritu, es decir, con sabiduría. La libertad es la expresión máxima de la autenticidad del hombre, de quien saber ser él mismo. Por ello es preciso tener ideas claras acerca de lo que es la libertad. Ella no puede confundirse con el libre albedrío, es decir, con la posibilidad de hacer esto o aquello, con la capacidad de escoger lo que satisface a mis gustos y a mi sensibilidad dentro de una amplia gama de posibilidades. La libertad consiste en no dejarse esclavizar por nada ni por nadie, en permanecer dueño y señor de sí mismo. La libertad es una cualidad de la voluntad, y la voluntad es la facultad del bien, así como la inteligencia es la facultad de la verdad.

La inteligencia, en efecto, puede equivocarse, pero nunca aceptar el error y la mentira. Nadie puede, aceptar la

falsedad consciente de que es tal, porque la inteligencia es la facultad de la verdad. La voluntad tampoco puede querer directamente el mal; y si lo escoge es bajo la apariencia del bien, porque se equivoca, porque yerra. Por ello, la cualidad de la voluntad que llamamos libertad es la capacidad de escoger y obrar el bien. Somos libres mientras somos capaces de actuar y producir el bien. El verdadero maestro educa y forma para la vida auténtica, es decir, para la verdad y para la libertad. Por ello él mismo ha de ser un modelo de libertad para sus discípulos.

Muy queridos maestros javerianos que reciben hoy el reconocimiento y la gratitud de la universidad: su vida y su

ejemplo son para nosotros un llamado a seguir sus pasos para continuar cualificando y afinando cada vez más nuestra calidad de maestros.

Queridos miembros de la comunidad javeriana: nuestra universidad ha de ser toda ella educadora, es decir, ¡maestra! Que este día constituya para todos nosotros un hito más en el crecimiento colectivo de nuestra condición de maestros. Ser hombres de sabiduría, autoridad y libertad. Y que Dios nos conceda poder participar de la condición de JESÚS de Nazareth, quien es para todos los cristianos el ¡Maestro por excelencia!

¡Muchas gracias!

**LOS DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA
A LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO***

* Alocución del Padre PETER HANS KOLVENBACH, S.J. General de la Compañía de Jesús y Gran Canciller de la Universidad Javeriana, en el colegio San José, Arequipa, Perú, 18 de julio de 1998.

LOS DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN CRISTIANA A LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO

Es una gran satisfacción encontrarme entre ustedes, jesuitas, directivos, comunidad educativa del Colegio San José, y personas vinculadas al mundo de la educación. Con ustedes doy gracias a Dios por los cien años de servicio de este colegio y rindo mi homenaje de gratitud a quienes, a lo largo del tiempo, consagraron sus vidas al apostolado de la educación y contribuyeron a la formación humana y cristiana de numerosas generaciones que han dado lustre a la ciudad de Arequipa y al Perú.

Educación y evangelizar

La educación es una tradición viva de la Compañía de Jesús. Desde sus inicios, y a través de sus más de cuatro siglos de historia, la Compañía ha considerado siempre la educación como un terreno privilegiado para ejercer su misión. En el Perú, desde fines del siglo XVI, la Compañía se dedicó de manera especial a la educación, sin olvidar la de los indígenas haciendo así obra de evangelización y cultura. Educar era esencial en la labor misionera.

Con la restauración de la Compañía, en los tiempos de la República, los jesuitas del Perú retornan al campo de la educación, convencidos de que es éste uno de los medios más poderosos para el desarrollo integral de la persona humana, la transformación de la sociedad y el anuncio del Reino. La educación constituye en este país uno de los principales ministerios de la Compañía.

Para la Compañía, la educación sigue siendo parte integrante de su misión.

Evangelio y educación están estrechamente unidos. Con su presencia en el mundo de la educación —en la ciudad, en el campo, atendiendo a medios sociales urbanos o a sectores marginales— la Compañía de Jesús no pretende sino cumplir con su misión, en continuidad con el mandato de CRISTO Maestro. Su objetivo es el de evangelizar educando y el de educar evangelizando. Sin embargo, educar y evangelizar en este fin de siglo no es lo mismo que hace cien años. En el umbral del tercer milenio, la sociedad se ve enfrentada a desafíos nuevos que están produciendo un profundo impacto en la sociedad. La educación como fenómeno social, y la misma evangelización, no quedan al margen de este hecho. Ignorar los retos que el nuevo contexto sociocultural, político y económico lanza a la misión, sería condenarse a no poder traspasar el umbral del nuevo milenio.

No es mi propósito trazar una descripción completa del escenario mundial en que va a tener que desenvolverse nuestra misión en este viraje de la historia. Dentro de tantos factores nuevos a los que hoy la humanidad se enfrenta, quisiera simplemente poner de relieve algunos interrogantes que interpelan profundamente a la educación.

Educación en tiempos de globalización

El escenario en que nos encontramos —la *"composición del lugar"*, como diría IGNACIO DE LOYOLA— lleva hoy el signo de la globalización. En esta aldea

planetaria, la mundialización de todas las esferas de la actividad humana adquiere dimensiones nunca vistas. La caída de los muros, la supresión de barreras económicas y financieras, los avances de la ciencia y de la tecnología, las increíbles perspectivas abiertas por la información y la comunicación universal, nos lanzan a un universo prodigioso y desconocido.

La globalización como tal no implica una connotación negativa; más bien ofrece inmensas posibilidades para el desarrollo de la humanidad. Pero cuando no se respetan los valores más fundamentales de la persona humana —como ocurre en el campo económico con la absolutización del libre mercado—, la globalización resulta verdaderamente nefasta. Conocemos los efectos de las políticas neoliberales: concentración de la riqueza, exclusión, ahondamiento de la brecha entre ricos y pobres, exacerbación del individualismo, competitividad desmedida, ausencia de consideraciones éticas y valorales. Los Provinciales de la Compañía en América Latina publicaron hace un par de años una carta sobre el neoliberalismo en que llaman a reflexión sobre los alcances de esta doctrina.

La educación no puede sustraerse a la globalización y al fenómeno del mercado. Más aún, la educación corre el riesgo de reproducir en su ámbito los mismos efectos perversos que se están produciendo en el terreno económico: concentración del saber y del poder en unos pocos, exclusión de los débiles, aumento de las diferencias, inversión de valores. El discurso de la calidad, la competencia y la eficiencia —insola-

yables en nuestros días— puede de hecho lograr efectos contrarios a los pretendidos, en beneficio de unos y perjuicio de otros. En la nueva sociedad del conocimiento, el abismo entre quienes saben y quienes no saben se acentúa cada día más. Los pobres siempre pierden en la carrera del libre mercado. “Para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimientos»” dice JUAN PABLO II (*Centesimus Annus*, 33).

El desafío no puede ser más grande. *¿Cómo educar en tiempos de globalización, de neoliberalismo económico? ¿Cómo un colegio de jesuitas, la educación católica, puede hacer frente a esta realidad?*

Es preciso volvernos a las palabras de JESÚS, que ora al Padre por sus discípulos: “no te pido que los saques del mundo, pero sí que los defiendas del maligno” (Jn. 17,15). Ser cristiano es serlo en el mundo. El mundo de la globalización es la realidad en que nos toca ahora desenvolvernos. Una de las instituciones fundamentales de IGNACIO DE LOYOLA fue la de que *hay que insertarse en el mundo para encontrar a Dios*. No hay disyuntiva para él entre Dios y el mundo: Dios está presente en el mundo, y la misión consiste precisamente en lograr que el mundo sea plenamente en Dios (GG. 34, d.4,7). Educar hoy es educar en el marco de la globalización. Estamos dentro de ella, y con ella tendremos que manejarnos; pero no aceptaremos sin más todo lo que ella nos ofrece.

¿Cómo podrá una institución educativa de la Compañía —y la educación

católica en general— hacer frente a los desafíos de la cultura de la globalización? Para contrarrestar las presiones y los influjos negativos del ambiente será necesario que nuestra educación tenga un proyecto muy definido y una práctica educativa coherente con él. En el contexto de la globalización caracterizar este estilo de educación.

El primero se refiere a la identidad propia del centro educativo. Por obvio que parezca, lo primero de una escuela es que sea escuela. (Tomo el término “escuela” en el sentido de institución escolar). Y, al mismo tiempo, que esta escuela lleve el sello que la caracterice como católica. El sustantivo escuela y el adjetivo católica deben ser respetados en todos sus alcances, e integrarse entre sí.

Como *escuela*, deberá propender a la formación integral de la persona humana, a través de la asimilación sistemática y crítica de la cultura.

Como *católica*, deberá ofrecer una concepción cristiana de la realidad, centrada en la persona de JESUCRISTO, su vida y su anuncio del Reino. El proyecto educativo deberá saber integrar ambas dimensiones en el contexto concreto de la globalización, que es la cultura propia de este fin e siglo.

Nuestra educación tiene una determinada *visión* de Dios, del ser humano, del mundo, y una *misión* muy precisa. Esta visión y misión no son negociables. Ellas son como nuestras señas de identidad, que nos distinguen dentro del océano globalizador y nos diferencian de él.

La cultura de la globalización presenta exigencias muy determinadas. La calidad, la competencia, la eficiencia, los resultados, son algunas de ellas. Una escuela que pretenda verdaderamente ser tal, no puede dispensarse de estas exigencias, so pena de quedarse desfasada. Pero la respuesta de la escuela debe llevar el sello propio que le viene de su carácter católico. Es necesario todo un proceso de *discernimiento*, por usar de nuevo un término ignaciano, para diferenciar lo que aceptamos y lo que rechazamos de la globalización, y porqué.

La calidad, esencial en el esquema dominante, la entendemos en el marco del desarrollo integral de toda la persona y de todas las personas. Cuando la calidad redunde sólo en beneficio de unos y excluye a otros se puede dudar del sentido humano de semejante calidad. La calidad —calidad total, como hoy se reclama— exige centros educativos al ritmo del tiempo, actualizados en cuanto a sus objetivos, sus contenidos, sus metodologías, su equipamiento, su estilo de gestión. La *excelencia* es desde hace siglos uno de los temas más acentuados en la pedagogía jesuítica. Pero no es solamente la excelencia académica la que pretendemos, sino la excelencia humana. La excelencia no siempre coincide con el *magis* ignaciano.

La competencia, característica típica del modelo en vigencia, es también una exigencia de la educación católica. Pero hay competencia y competencia. La ciencia, la tecnología y el mundo de los medios son terrenos nuevos en los que toda escuela que se precie tiene necesariamente que incursionar. El co-

nocimiento no tiene límites, y, hoy más que nunca, es evidente que “*saber es poder*”. Sin embargo, no es “*el mucho saber*” lo que importa, como decía también IGNACIO. Es también el *sentir*, el *saber con* y el *saber para*, el compartir, el servir. En un mundo en que la competencia degenera en competitividad sin límites, y en que el individualismo y la insolidaridad crean nuevas fronteras y exclusiones es preciso recuperar el discurso del ser para los demás, el saber y el poder como servicio, la solidaridad, la compasión en el sentido más pleno de la palabra.

La búsqueda de eficiencia y de resultados, otra característica del esquema actual, no puede hacernos perder de vista el *porqué* y el *para qué* del conocimiento, de la ciencia, de la técnica, de la economía, de la vida humana. Donde no se respeta a la persona humana, Dios está ausente. Quien está familiarizado con la espiritualidad de IGNACIO DE LOYOLA entenderá lo que significa que las cosas “son creadas para el hombre”. Ante la absolutización de los medios y de los fines, la palabra de JESÚS es muy clara: “el sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Mc. 2,27), “¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo?” (Mc. 8,36). La eficiencia y los resultados que debe perseguir una escuela católica se deben inscribir en el marco de una teología y una ética de los fines y de los medios, subordinados siempre a la gloria de Dios, que es el bien de la persona humana.

Los valores (o antivalores) que impone la cultura de la globalización de-

ben ser pasados también por el tamiz de la crítica y ser objeto de discernimiento. Nuestra educación debe ser portadora de valores, profundamente humanos y cristianos. Por su identidad y su práctica diaria, nuestras instituciones deben tener la capacidad de impregnar todo su ser y su quehacer de los criterios y valores del Evangelio. Deben ayudar a discernir lo que vale de lo que no vale, desenmascarar, evaluar, y aceptar o rechazar lo que en cada caso ofrece o impone este mercado global que nos invade.

Nuestros centros deben volver a enseñar a leer y escribir la realidad, para que los alumnos sepan interpretar con espíritu crítico el cúmulo de datos que los inunda y sean capaces de actuar con rectitud. Deben personalizar y ayudar a crecer a las personas y a la comunidad, para vivir con plenitud su vocación de servicio en un mundo justo, solidario, fraterno. Así es como el centro evangeliza educando y educa evangelizando.

Más aún, nuestras instituciones deben ser capaces de regenerar valores “en peligro de extinción” y ofrecer antídotos a los falsos valores del sistema. En nuestros centros se debe respirar como un aire nuevo y puro que ayude a los miembros de la comunidad a desintoxicarse del aire contaminado que lo invade todo: individualismo sin medida, competitividad salvaje, insolidaridad, materialismo, hedonismo, insensibilidad ante otros, ausencia de principios éticos, falta de compasión. La ecología debería preocuparse también por la calidad de ese aire.

De la exclusión a la inclusión

Uno de los efectos del proyecto neoliberal es la exclusión de hecho. La educación —cualquier educación— es ya en sí un privilegio en muchas partes del mundo. Baste ver las cifras de deserción escolar en muchos países para comprobarlo. Nuestros mismos colegios, a pesar de los esfuerzos realizados por abrirse a todo público, de hecho no son accesibles a todos por igual. Existen impedimentos externos —entre ellos la falta de reconocimiento por parte del Estado del carácter público de la educación no estatal— que condicionan nuestro deseo de admitir alumnos de toda condición social y que coartan la libertad de los padres de familia.

Dentro de estas limitaciones, debe quedar bien claro que cualquiera que sea el público al que atiendan, nuestros colegios no pueden ser excluyentes ni exclusivos, ni pueden estar al servicio de un segmento social determinado. Nuestra voluntad es hacerlos lo más inclusivos posible, entendiendo por ello un proyecto educativo abierto a todos los sectores sociales, especialmente a los pobres.

Tal vez no sea siempre factible integrarlos en nuestros colegios, ni sea ésta la mejor solución práctica, por razones sobre todo culturales. Esto no debe significar un fácil expediente para justificar la inacción y seguir haciendo igual que siempre, a cuenta de los pobres. A los pobres hay que tomarlos en serio, como JESÚS los tomó en serio y les dio sus preferencias. Y si los pobres no pueden siempre acudir a nuestros centros educativos, nuestros centros edu-

cativos deben ir a los pobres. Que todo el mundo sepa que ellos son el referente obligado de nuestra educación. Especialmente en un contexto en que los pobres son la mayoría y su número va en aumento. Ellos son parte integrante de nuestro proyecto educativo, en busca de una sociedad justa y solidaria, en que desaparezca toda clase de exclusiones.

La tan decantada opción por los pobres no es una moda pasajera, por cierto incómoda para algunos. El último documento de la Congregación para la Educación Católica caracteriza la escuela católica como “escuela para todos, con especial atención a los más débiles”, y menciona a los “nuevos pobres” y las “nuevas pobrezas que interpelan a la escuela católica” (*La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, n.15). No sólo para la Iglesia, sino en el discurso de los mismos organismos internacionales, los pobres han pasado al primer plano del escenario mundial. En buena hora. El asunto es pasar de los discursos a la práctica.

La calidad, la competencia, los resultados, la eficiencia y la práctica toda de nuestros centros deben medirse también desde la perspectiva de los pobres. Una vez más quisiera reiterar lo que tantas veces he repetido a colegios y universidades de la Compañía. Deberíamos exigir a todos nuestros alumnos que usen la opción por los pobres como un criterio, de forma que nunca tomen una decisión importante sin pensar antes cómo puede afectar a los que ocupan el último lugar en la sociedad.

Para los jesuitas, lo que acabo de exponer en este encuentro sin duda no

les resulta nuevo. No es sino una relectura, para tiempos de globalización y de neoliberalismo, del documento *Características de la educación de la Compañía de Jesús* (1986), así como de la *Pedagogía ignaciana* (1993), en donde está escrito cuál es “nuestro modo de proceder” en educación. La educación de la Compañía lleva un sello propio, que deriva del carisma de IGNACIO y de su tradición secular y que la hace perfectamente válida para estos tiempos. Los invito a todos a traducir a la realidad las orientaciones de estos documentos y hacerlas sustancia propia.

La educación, dentro de proyecto global de la misión

Dentro de la misión de la Compañía, la globalidad (por no hablar de globalización) tiene también un sentido particular. San IGNACIO gustaba de referirse a la Compañía como a *un cuerpo*. Los jesuitas constituyen un cuerpo apostólico en la Iglesia, al servicio de la misión. Las diversas obras apostólicas —en el terreno educativo, en el social o en el pastoral— no se contraponen, sino que componen un mosaico global en que todas las piezas son necesarias y encajan entre sí. Los jesuitas, repartidos por todo el mundo, cubren distintas áreas, cumpliendo apostolados diferentes y realizando entre todos un proyecto global. El proyecto del Reino.

En el terreno educativo, la Compañía cumple su misión de muy diversas maneras. *No existe una forma unívoca de educar, ni un modelo único*. Hubo un tiempo en que pudo surgir la sospecha de que los colegios tradicionales de la Compañía ya habían cumplido su papel

histórico, y que más valdría dedicarse a otras formas de apostolado. La crítica antiescolar a escala mundial, la disminución del número de efectivos jesuitas y la supuesta incapacidad de las instituciones educativas para educar para la justicia e inducir cambios de estructuras en la sociedad hicieron pensar que los colegios no tenían ya razón de ser.

Los colegios se sintieron profundamente interpelados y emprendieron un proceso de transformación radical que dio sus frutos y que no ha concluido. En términos generales, creo poder afirmar que la crisis se superó y que las instituciones educativas de la Compañía han encontrado un nuevo sentido a su ser y a su quehacer. Hoy sería una irresponsabilidad abandonar no sólo el campo de la educación, sino el de la escuela.

Desde la perspectiva de la misión, educación y escuela siguen siendo terreno privilegiado para la evangelización. Pocos espacios se encontrarán en que se dé una interacción tan cercana y constante, durante tantas horas al día y a lo largo de tantos años, entre alumnos, familias, profesores y comunidad. Renunciar a la educación significaría abandonar una parte importante de la evangelización, y de la “nueva evangelización”. Pero sólo instituciones nuevas y renovadas, centenarias o no, pueden encontrar respuestas a los interrogantes de cada época y enfrentarse a los desafíos del futuro.

En el Perú, la compañía tiene una larga historia de compromiso con la educación. Los colegios tradicionales, Fe y Alegría, los centros de educación y

promoción social, las instituciones de educación superior y otras modalidades educativas no formales ofrecen una amplia gama de servicios al país. Cada obra no llega a todos los sectores pero, como cuerpo apostólico, entre todas llegan a todos y realizan el proyecto global.

En esta tarea corporativa, junto con los jesuitas, centenares de educadores y educadoras laicos, de reconocida profesionalidad y dedicación, no escatiman esfuerzos en su entrega a la misión común de educar y evangelizar. A todos ellos, a través de quienes los representan en este encuentro, quiero hacer llegar un saludo muy afectuoso y expresarles mi reconocimiento. La compañía se siente agradecida por la colaboración de tantos laicos y laicas comprometidos en la educación y está

dispuesta a colaborar con ellos poniendo a su disposición lo que somos y hemos recibido: particularmente nuestra herencia espiritual y pedagógica y nuestra amistad. A ustedes, laicos y laicas comprometidos, corresponde y corresponderá asumir un rol cada vez más importante en el cumplimiento de la misión.

En el umbral del tercer milenio, la educación y la evangelización se enfrentan a desafíos globales jamás vistos. No estamos solos. El Señor de los tiempos y de la historia, JESUCRISTO, “que permanece el mismo hoy como ayer, y por la eternidad” (Heb. 13,8), nos envía en misión. Que la fuerza de su Espíritu nos acompañe siempre para ser fieles servidores de la misión en el campo de la educación.

**EL COMPROMISO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
EN EL SECTOR DE LA EDUCACIÓN***

* Alocución del Padre PETER HANS KOLVENBACH, S.J. General de la Compañía de Jesús y Gran Canciller de la Universidad Javeriana, en la bendición del nuevo edificio del Liceo de Gdynia, 10 de octubre de 1998.

Quisiera hablarles hoy del empeño de la Compañía de Jesús en el sector de la educación. Pero, ante todo, deseo expresarles mi alegría por compartir con ustedes la bendición de una parte del nuevo edificio de este Liceo de Gdynia. Tras la forzada pausa de algunos decenios, la Compañía en Polonia vuelve a ofrecer aquí este apostolado tan típico de su historia. Hoy, cierto, somos testigos de un acontecimiento realmente particular y significativo.

LA EDUCACIÓN EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Desde sus comienzos, la Compañía de Jesús consideró a *la educación como un terreno privilegiado para el cumplimiento de su misión*. Inicialmente, san IGNACIO DE LOYOLA no había pensado en colegios para estudiantes “externos”, sino sólo para los jesuitas. Pero cuando cayó en la cuenta del alcance apostólico que podía tener la educación de la juventud, no dudó un momento en introducir esta nueva modalidad de trabajo en la Compañía, al punto que los colegios se convirtieron no en un ministerio apostólico más, sino en uno de los ministerios por excelencia de la Compañía de Jesús.

Los primeros estudiantes jesuitas solían frecuentar las clases de las grandes universidades de la época y vivían en colegios fundados exclusivamente para ellos. A partir de 1545, se advierte un significativo cambio de orientación: la Compañía empieza a enseñar “públicamente”, es decir, se admiten alumnos externos en los colegios para jesuitas. Pero es en 1548, hace exactamente 450 años, cuando la Compañía da un paso trascendental con la creación del colegio

de Messina (Sicilia), uno de cuyos primeros profesores fue san PEDRO CANISIO, marca en la Compañía de Jesús el comienzo de una larga trayectoria educativa y de una tradición pedagógica que pervive hasta nuestros días, que se hace presente hoy en este liceo.

El motivo determinante que llevó a IGNACIO DE LOYOLA a fundar colegios no fue otro que la ayuda de las almas. Y el mayor servicio divino, como se repite tantas veces en las Constituciones de la Compañía de Jesús. El objetivo que se pretendía con la educación de la juventud era entonces —y sigue siéndolo en nuestros días— claramente apostólico. Las escuelas se crean para enseñar letras y buenas costumbres a la juventud y, por medio de los hijos, tirar a los padres y deudos al divino servicio (Mon. PAED 1,432).

En un contexto religioso tan intrincado como el de la Europa Central del siglo XVI, existía además un motivo adicional para la creación de colegios. *La educación de la juventud era la encrucijada donde se iba a definir el futuro religioso de muchos países. Lo comprendieron muy bien no sólo los jesuitas, sino también los reformadores de aquella época. LUTERO, CALVINO y sus secuaces, captaron la importancia de la escuela como el verdadero campo de batalla donde se iba a jugar el futuro de la Reforma. Le college escribe uno de los reformadores (PIERRE TOUSSAINT), en 1557 *fera plus pour l'Évangile que tous les sermons. Lavenir est là, in pueritia recte instituenda.**

Nada tiene, pues, de extraño que cuando PEDRO CANISIO preguntara en

1554 a IGNACIO DE LOYOLA de qué manera podría la Compañía ayudar a los pueblos de Europa Central, asolados por las guerras de religión. IGNACIO le respondió que a través de la creación de colegios. Desde el punto de vista histórico, no es exagerado sostener que la red de colegios jesuitas jugó un papel determinante en la consolidación y el desarrollo de la fe católica en muchas regiones de Europa y de fuera de Europa.

La institución de los primeros jesuitas fue rápidamente tomando cuerpo. A la muerte de IGNACIO DE LOYOLA (1556), la Compañía de Jesús dirige alrededor de 40 colegios, fundados en su mayor parte para estudiantes externos. Desde la segunda mitad del siglo XVI *una extensa red de colegios va cubriendo el mapa* de Europa y de los países de misión. En Polonia, no se puede dejar de mencionar los colegios fundados en Brniewo, Poznan, Jaroslaw, Kaiisz, Polock y muchos otros.

En 1599 se publica la famosa *Ratio Studiorum*, que durante siglos definirá y dará sentido de unidad al sistema pedagógico de los jesuitas. La red educativa se expande sin cesar por todos los continentes. *Cuando en 1773 la Compañía es suprimida*, los jesuitas tienen que retirarse de cerca de 700 colegios y 30 universidades. Por cerca de 40 años, la labor educativa de la Compañía se eclipsa en todo el mundo, con la excepción de Bielorrusia, donde la Compañía sobrevive providencialmente. De aquel tiempo data la Academia de Polock (1812).

Con la restauración de la Compañía en 1814 laboriosamente se vuelve a

tejer la red educativa jesuítica. *Hoy en día, la Compañía de Jesús sigue comprometida en el mundo de la educación*, como uno de sus principales ministerios apostólicos. En la actualidad, cerca de 6.000 jesuitas —una larga cuarta parte de todos los jesuitas— trabajan en educación. Su acción abarca a cerca de 200 universidades e instituciones de educación superior, y más de 1.000 instituciones educativas de nivel primario, secundario y técnico, que prestan su servicio aproximadamente a 1.250.000 alumnos al año, en 68 países. Los últimos documentos de la Compañía han ratificado la importancia que la Compañía asigna a este apostolado, tanto en el sector de la educación formal como en el de la educación no formal y en varias otras modalidades de educación técnica, educación popular y educación de adultos.

En este país, y en otros países de Europa oriental, el régimen comunista comprendió perfectamente que *el control de la educación era clave para poder sustentar su modelo*. De ahí su política de excluir sistemáticamente cualquier influencia cristiana de la educación. La dura experiencia de más de cincuenta años ha puesto de relieve la eficacia y los nefastos resultados de tal política, a la vez que nos alecciona sobre las consecuencias a que podría llevar el abandono del terreno de la educación.

Tras la caída del régimen comunista en Polonia, los exalumnos de nuestro liceo, aquí presentes, planearon el renacimiento de esta escuela, suprimida en 1947. No tuvieron que esperar mucho, porque ya en 1949 comenzaron sus estudios los primeros alumnos, bajo la

guía de profesores laicos imbuidos ya por entonces en la pedagogía ignaciana.

Por este motivo, me congratulo hoy sobremanera por la inauguración de este liceo, que reanuda una tradición educativa secular, y que constituye un claro exponente de la vitalidad apostólica y de la voluntad de servicio de la Compañía de Jesús en Polonia.

LA INSPIRACIÓN IGNACIANA DE UN COLEGIO DE JESUITAS

Es verdad que, desde sus comienzos, el objetivo de la Compañía al incursionar en el terreno educativo fue eminentemente apostólico. Pero nos equivocáramos si creyéramos que los colegios de la Compañía fueron un simple pretexto para mantener y propagar la fe católica. *La educación tiene sus propios fines y objetivos, que no pueden instrumentalizarse al servicio de cualquier otra causa.*

Lo primero de un colegio de la Compañía, por obvio que parezca, es que sea un colegio. Pero debe ser un colegio cuyos objetivos, orientación general y práctica pedagógica se fundamenten en un sistema de valores significados y en una concepción del ser humano del mundo y de Dios, que son los propios de san IGNACIO DE LOYOLA. En esto consiste la inspiración ignaciana de un colegio de la Compañía.

Una de las características de la espiritualidad de IGNACIO DE LOYOLA, fue siempre la profunda persuasión de que no existe para el ser humano camino para auténtica búsqueda de Dios, que no pase por una zambullida en el

mundo de la creación (CG 34, d.4, n.7). Si el ser humano es el camino hacia Dios, para IGNACIO DE LOYOLA *el punto de encuentro del ser humano con Dios está en el mundo*. Traducido al terreno de la educación, este principio ignaciano significa que el encuentro del ser humano con Dios se da en el campo de la cultura. Fe y cultura están estrechamente relacionadas. He aquí uno de los rasgos distintivos de la educación de la Compañía de Jesús: una educación profundamente enraizada en la realidad del mundo, y una educación eminentemente humanista.

A lo largo de los siglos, la Compañía de Jesús ha tratado siempre de anunciar el Evangelio insertándose en el universo cultural de cada momento. En el siglo XVI, la educación de los jesuitas se enfrentó al reto de inculturarse en el humanismo renacentista. Hoy, *se enfrenta al reto de insertarse en la nueva cultura* moderna o posmoderna, en el marco de una sociedad que lleva el signo de la globalización y del libre mercado. En un mundo configurado por la ciencia y la tecnología, éste es el escenario en que el hombre está llamado a encontrarse con Dios, recreando un nuevo tipo de humanismo acorde a nuestro tiempo.

Sería un error esperar que este liceo, u otros establecimientos educativos de la Compañía, fueran la simple continuación de lo que los colegios de jesuitas fueron en siglos o en décadas pasadas. No se trata de reeditar el pasado, ni tampoco de importar modelos de otras partes. A la luz de la inspiración ignaciana, se trata de responder con imaginación y creatividad a los retos

que el mundo de hoy y esta sociedad concreta plantean a nuestra educación.

ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA EDUCACIÓN IGNACIANA

Permítanme señalar algunos rasgos de lo que, en este contexto concreto, podría caracterizar a la inspiración ignaciana de este liceo.

1. El primero sería *el sentido de la persona*. El hombre —el ser humano ante la presencia de Dios— es la primera palabra de los *Ejercicios Espirituales* de IGNACIO DE LOYOLA. Están ustedes saliendo de un sistema político y económico en que el hombre y sus libertades estaban sometidos a un régimen colectivista, y en el que Dios era sistemáticamente ignorado. Hoy más que nunca, es necesario recuperar el verdadero sentido de la persona humana y su dimensión trascendente.

La educación no puede sustraerse a la globalización y al fenómeno del mercado. Pero insertarse en la realidad —según el principio ignaciano antes mencionado—, no significa dar por bueno todo lo que dicha realidad implica. Es necesario adoptar una actitud sanamente crítica ante ella, y ayudar a nuestros jóvenes y a sus familias a discernir lo que la nueva cultura contiene de bueno y lo que en ella es inadmisiblemente. Bajo apariencia de máxima libertad y de realización personal, pueden enmascararse en el sistema vigente nuevas formas de esclavitud y de masificación. La sociedad

de mercado esconde refinadas formas de individualismo y de egoísmo, así como una sutil manipulación del pensamiento y de los sentimientos de la persona humana, especialmente a través de los medios. *Enseñar a pensar, a discernir, a elegir rectamente y en solidaridad con los demás*, será cometido inexcusable de una educación verdaderamente ignaciana hoy.

En un contexto de libre mercado como el que nos invade, será necesario también hacer frente a toda tentación de absolutización. El único absoluto es Dios; y, en su grado, la imagen de Dios, que es todo ser humano. No es el hombre para la economía sino la economía para el hombre; como el sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado, según la enseñanza de JESÚS.

El torbellino del consumismo y la fascinación que ejerce sobre jóvenes y no tan jóvenes —*el modelo capitalista*— (que de ninguna manera puede considerarse alternativa válida al modelo comunista, como muy bien lo ha declarado el Papa JUAN PABLO II), están transformando profundamente nuestros patrones culturales y afectan al sentido mismo de lo humano.

El discurso de la calidad, la competencia y la eficiencia —ciertamente insoslayables en nuestros días— puede conducir a una exacerbación del individualismo, a la competitividad salvaje e incluso a la corrupción, si tal discurso no viene acompañado de una orientación ética y valoral. La

misma excelencia que debe pretender nuestra educación —el *magis* ignaciano— puede llegar a la perversión si pierde de vista la dimensión de la totalidad. No es simplemente la excelencia académica la que se pretende, sino la excelencia humana.

2. Al sentido del hombre se añade en nuestra educación otra dimensión fundamental: *el sentido de Dios*. Sólo en Dios encuentra el ser humano su plena significación. En un mundo en que los avances científicos y tecnológicos parecen haber convertido en superfluo el concepto mismo de Dios, no nos dejaremos tentar por larvadas *formas de negación práctica de Dios*, más sutiles y no menos funestas que el ateísmo oficial que sufrió este país hasta hace pocos decenios.

Siglos atrás, en una sociedad religiosa y creyente, la educación de los jesuitas no encontraba dificultad en compaginar virtud y letras, como decían nuestros mayores (*virtus et litterae, scientia et mores, sapiencia et religio*). Hoy, en una sociedad predominantemente secular, al menos en occidente, en que el hecho religioso resulta cada vez más irrelevante, nuestra educación se enfrenta ante el reto de lograr la síntesis entre *Evangelio y cultura moderna, ciencia, tecnología y fe, mundo y Dios*.

Nuevos areópagos de la cultura y de la civilización contemporánea se abren a nuestro lado, atrayendo irresistiblemente a los jóvenes,

mientras en muchas partes se vacían los templos. Relativismo y permisivismo van hoy de la mano en un mundo que parece haber perdido las coordenadas. El mismo bienestar material alcanzado lleva a muchos a vivir como si Dios verdaderamente no existiera, o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia. Como ha subrayado el mismo JUAN PABLO II (*Tertio Millenio Adveniente*, n.35,57). No se puede ser cristiano sino en el mundo. Y en esta realidad del mundo, en este contexto difícil y a menudo indiferente o adverso a la fe, donde nos toca hoy educar, descubriendo y haciendo descubrir a nuestros alumnos y a sus familias la presencia salvadora de Dios.

3. El sentido de Dios y el sentido del hombre cobran para nosotros su plena dimensión en la persona de JESUCRISTO. Siguiendo a IGNACIO DE LOYOLA, los jesuitas pedimos cada día conocer más al Señor que ha querido compartir nuestra condición humana, para que más le amemos y le sigamos. Sin sectarismos, y respetando siempre la libertad personal, una educación de inspiración ignaciana debe proponerse *anunciar la persona de JESÚS y la Buena Nueva del Reino*, para lograr de sus alumnos, en la medida de lo posible, un compromiso libre y maduro en el seguimiento de JESÚS, en su Iglesia.

En JESÚS, el hombre-para-los-de-más por excelencia, aprenderán también nuestros jóvenes y sus fa-

milias a hacer realidad una serie de *actitudes que toda educación verdaderamente ignaciana considera fundamentales*: el servicio, la compasión, la solidaridad con los más pequeños y necesitados de nuestros hermanos, la gratuidad, el perdón, el sacrificio, el compromiso, el don de sí mismo sin retorno, el amor.

La vivencia de la fe en la comunidad eclesial no puede olvidar tampoco aspectos tan fundamentales como *la catequesis y el culto*, obviamente adaptados a la mentalidad moderna y al lenguaje de los jóvenes en un mundo en que la predominancia de la imagen está transformando los viejos códigos de la comunicación.

4. Esta fe viva en Jesucristo deberá expresarse también en obras de justicia. En este último cuarto de siglo, la Compañía de Jesús ha redefinido su misión como *el servicio de la fe y la promoción de la justicia*. *Fe y justicia* son el signo distintivo que debe caracterizar a cualquier obra apostólica de la Compañía. Educar en la fe, en vistas a la edificación de un mundo justo y fraterno, es compromiso indeclinable de todo colegio de la Compañía. Cuando todavía no se han cerrado las heridas de sistemas absolutistas y de discriminaciones que han hecho sufrir a tantos pueblos, nuestro mundo se enfrenta hoy a nuevas formas de injusticia y de exclusión, producto en gran parte del sistema económico imperante, en el que la brecha entre ricos y pobres se ahonda cada día. La tan decantada *opción preferencial por los pobres*, debe ser

algo más que una simple frase que se repite en las declaraciones de principios de nuestros colegios. Tenemos que descubrir que, junto a nosotros, viven pobres en sentido material, pero también psíquicamente disminuidos, marginados, sin techo, desocupados, extranjeros.

En un colegio de la Compañía, los pobres no pueden ser simplemente objeto de compasión, sino punto de referencia irrenunciable en la estructura misma de la escuela y en todo el proceso educativo. Como las *Bienaventuranzas* de JESÚS o el *Magnificat* de MARÍA. Cualquiera que frecuente nuestros colegios debe tener bien claro que las posibilidades que ofrece nuestra educación no van encaminadas a la promoción egoística de los individuos, sino en definitiva al crecimiento integral de todo el ser humano y de todos los seres humanos. *No pretendemos formar hombres y mujeres sólo para sí, sino para los demás y con los demás*, especialmente para los más desaventajados, a ejemplo de CRISTO, que vino para que todos tengan vida, y vida en abundancia, y que dio sus preferencias a los pobres.

Los últimos documentos de la Congregación para la Educación Católica caracterizan a la escuela católica como *escuela para todos, con especial atención a los más débiles*, y mencionan a los *nuevos pobres* y las *nuevas pobreza*s que no pueden sino interpelar a la escuela católica (*La escuela católica en los umbrales del tercer milenio* n.15). No será siempre fácil llevar a la práctica estos

principios, dados sobre todo los condicionamientos económicos de muchos colegios, que pueden limitar sus posibilidades concretas de acción. Esto no quita que no se deba tomar muy en serio esta orientación fundamental de la Compañía.

CONCLUSIÓN: UN PROYECTO EDUCATIVO

Para los jesuitas y para quienes están familiarizados con la espiritualidad ignaciana, los puntos que acabo de exponer no son sin duda nuevos. Éstos y otros rasgos de la inspiración ignaciana en el terreno de la educación son parte del proyecto educativo que debe inspirar a un colegio de la Compañía. Me remito simplemente a los documentos *Características de la educación de la Compañía de Jesús* (1986), *Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico* (1993), así como a los documentos de las últimas Congregaciones generales de la Compañía.

Corresponderá ahora actualizar e inculcar estos principios y orientaciones, en el contexto de la realidad polaca, siguiendo las huellas de nuestros antecesores. Los tiempos y los métodos han cambiado, pero la inspiración es la misma: la que se fundamenta en la *visión* de IGNACIO y en la *misión* de la Compañía de Jesús. El desafío está lanzado.

Me dirijo ahora a los profesores y colaboradores laicos: deseamos ofrecerles una sólida formación espiritual y profesional. Nuestras casas de Ejercicios están a vuestra disposición.

Lo mismo os digo respecto a la preparación profesional mediante diversos proyectos, como el Centro Pedro Arrupe o el "International Jesuit Educational Leadership Project": deseamos compartir con vosotros nuestra experiencia para trabajar juntos en la óptica del *magis* ignaciano. Esta oferta resulta tanto más actual por cuanto en toda Polonia se está hablando de reforma escolar.

Se me ha informado sobre el proyecto de "Escuela de padres", iniciado en este liceo. Es un cauce orientado a una mejor integración de los esfuerzos educativos de la familia y de la escuela. Quisiera animar a los padres de alumnos del Liceo de Gdynia a tomar parte en esta preciosa iniciativa, puesta ya en práctica en nuestras escuelas de España.

El Liceo de Gdynia cuenta con un válido apoyo en el Centro Pedro Arrupe, que elabora nuevos métodos de enseñanza y prepara futuros líderes para la misión educativa. La presencia de tal centro no sólo garantiza la continuidad e identidad del liceo; puede influir también en otros centros educativos de vuestro país.

Una palabra, en fin, a los alumnos y alumnas. Vuestros uniformes son un signo de vuestra pertenencia a esta comunidad que llamamos Liceo de Gdynia. Tratad de asimilar hondamente los valores que esta comunidad os propone: amar y servir siempre más.

En la nueva página de su historia que está hoy escribiendo Polonia, estoy seguro que los jesuitas y los laicos de

este liceo han de desempeñar un papel de primer orden en la encrucijada plena de desafíos y esperanzas a la que se enfrenta la educación en este país. Que

el Señor les dé la fuerza de su Espíritu para que este liceo contribuya significativamente a la *ayuda de las almas*, a mayor gloria de Dios.

**ALOCUCIÓN DEL PADRE PETER HANS KOLVENBACH, S.J.,
GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Y GRAN CANCELLER DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA,
EN LA UNIVERSIDAD SANATA DHARMA***

* Yogyakarta, 14 de julio de 1999

Reverendo padre provincial padre PABLO WIRYONO, reverendo padre presidente de la Universidad Sanata Dharma, padre MIGUEL SASTRAPRATEDEDA, honorables invitados y queridos miembros de la comunidad académica de la Universidad Sanata Dharma.

En esta ocasión me gustaría ante todo expresar mi gratitud a todos Uds., los miembros de la comunidad académica de la Universidad Sanata Dharma, por haberme invitado a esta bella institución académica.

Me emociona y me enorgullece nuestro trabajo y vuestra sinceridad en el servicio a esta universidad, su *staff* y especialmente sus alumnos. Uds. han dedicado mucho tiempo y atención para promover la excelencia académica y el progreso de los alumnos confiados a esta universidad. Verdaderamente ello es un inmenso y gratificante servicio.

La Universidad Sanata Dharma no se encuentra aislada en este cometido. Ella forma parte de la amplia red de instituciones docentes de la Compañía de Jesús por todo el mundo. 177 universidades y otros centros de enseñanza superior de la Compañía en 49 países ofrecen su docencia a más de medio millón de alumnos. Una cuarta parte de estas instituciones se encuentran en Asia. Cerca de 3.000 jesuitas y decenas de miles de laicos cooperan en este empeño.

La Compañía ha mantenido y desarrollado este compromiso con el mundo de la universidad porque desde sus mismos comienzos ha estado convencida de que la universidad puede ser un

crisol en el que se encuentre la luz del Evangelio con los mayores problemas de la sociedad. Lo que es muy propio de una universidad jesuita es que, participando de las usuales características de una verdadera universidad, la de la Compañía está inspirada por la visión de IGNACIO DE LOYOLA, que tenía una peculiar forma de ver a Dios, a los seres humanos y al mundo. Esta visión que procede de él se espera que destaque de forma muy relevante en las instituciones de la Compañía de Jesús de hoy, en la misma forma en que se ha dado a lo largo de los 400 años de su historia. Ello logra su actual expresión indonesia en la declaración de la misión de esta universidad, declaración que os reta sin cesar para que la hagáis realidad en vuestra respuesta a los retos con que se enfrenta el país.

Respecto a este punto, permítanme el proponer algunas características de una universidad jesuita.

En primer lugar no se puede desear perder de vista el objetivo de una universidad, que es la búsqueda de la verdad mediante la investigación y la comunicación de los conocimientos para promover el bien común de todos los miembros de la sociedad humana. Una universidad se propone una muy marcada dedicación de los profesores para lograr un alto nivel de la competencia académica y de sus alumnos de forma que sobresalgan en sus estudios.

Pero la profesionalidad, considerada en cuanto tal, no es suficiente. Lo que se pretende es más propiamente que la persona se supere en su totalidad. Uno se rebelaría al encontrar que

lo que se pretende con la educación, la investigación y la comunicación, se ha llevado adelante y se ha "graduado", únicamente para personas que no piensan más que en sí mismas, que son insensibles a las necesidades humanas con que se encuentran y carecen del deseo de contribuir al bien común de todos los miembros de la sociedad humana.

En segundo lugar, en una universidad que siga la tradición católica y jesuita, la búsqueda de la verdad y su comunicación no puede dissociarse en sí misma del servicio a la sociedad. El conocimiento no es un fin en sí mismo, sino que se debe al servicio del desarrollo humano en la sociedad. Sólo así la búsqueda de la verdad y su comunicación, razón específica para que exista la universidad, logra su propósito y plena realización. No queremos que esta universidad se convierta en una torre de marfil espléndidamente aislada de su entorno, tenemos que realizar que una universidad, al igual que la persona humana, no existe para sí misma sino principalmente para los demás.

La raison d'être de una universidad es la sociedad. Uds. no tienen que temer que esto signifique el reducir la ciencia al nivel de la tecnología o el negar la autonomía y la libertad que son propias de una universidad. Al contrario ello pone un mayor énfasis en que las demandas en pro de una investigación de la verdad deberán ir de la mano de la comunidad. Este es uno de los mayores retos que se plantean hoy día en una universidad jesuita.

Con tal actitud de servicio al bien común, con toda razón la universidad

misma se entrega al análisis de la realidad, al estudio de los grandes problemas que existen en la sociedad y promueve el conocimiento y los valores que la sociedad contemporánea necesita. El documento del Papa JUAN PABLO II sobre la universidad católica (*Ex corde Ecclesiae*) ilumina mucho algunos de estos problemas, que se prestan a ser considerados en el contexto de Uds.: la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de personas y familia, la protección del medio ambiente, el logro de la paz y la estabilidad política, una más equilibrada distribución de los recursos y un nuevo orden económico al servicio de toda la comunidad humana al nivel tanto nacional como internacional.

En tercer lugar, permítanme repetir un punto, en el que la Compañía pone especial énfasis y que por ello muy oportunamente llama a la reflexión en esta comunidad universitaria. Me refiero a la necesidad de que una universidad jesuita preste atención a los retos socioeconómicos y a lo que de ello se sigue. No estoy muy informado sobre los a veces penosos conflictos de este enorme y prometedor país, ni acerca de lo que han estado haciendo Uds. respecto a estos temas, pero ellos deberían tener una alta prioridad. Considerando la actual situación en Indonesia, la universidad debería sentirse implicada y afectada para crear un mejor y más justo futuro para todos. Los alumnos y los miembros de la comunidad académica necesitan recibir retos para responder corporativamente a la necesidad de promocionar valores humanos y religiosos tanto en su *campus* como en

la sociedad. Una universidad jesuita sin esta perspectiva y urgencia perdería su razón de ser.

En todos estos campos la universidad tiene algo que decir, aunque sus intervenciones no gusten ni se asimilen fácilmente. Su modo de pensar tiene que ser expresado no sólo en críticas y declaraciones de principios sino también con una asidua investigación y proponiendo soluciones, todo ello de acuerdo con la naturaleza de una universidad. Esto supone que la universidad funciona como una piedra de toque que descubre y aclara los problemas con que se encuentra la sociedad y es entonces cuando ella actúa para dar a aquellos problemas respuestas bien elaboradas y éticas.

En cuarto lugar, al seguir prestando atención a la universidad desde la perspectiva de misión de la Compañía de Jesús, se me ocurre otra faceta como de especial importancia. Me refiero al diálogo intercultural e interreligioso que de tanta importancia es en el mosaico de la diversidad religiosa del país. Indonesia es un vasto archipiélago étnico y cultural en el que uno encuentra un amplio abanico de culturas, desde las más tradicionales a las modernas, posmodernas y globales. A través de su investigación y comunicación del conocimiento, como universidad jesuita Sanata Dharma tiene la ineludible misión de responder a los retos que plantean los prejuicios religiosos y, dada la intolerancia y el fundamentalismo que marcan el mundo de hoy, la responsabilidad de promover el diálogo intercultural e interreligioso.

He intentado subrayar únicamente algunas de las características que Sanata Dharma, como universidad jesuita, debe manifestar de modo especial. Me alegra el haberme enterado de que varias iniciativas paralelas a estas líneas, se han tomado ya.

He oído que todos Uds., tanto el *staff* laico como los miembros jesuitas, han estado trabajando juntos desde la apertura de la universidad. Admiro profundamente vuestra cooperación. Esta cooperación hecha para resaltar con énfasis por la Congregación General 34, donde se estableció que laicos y jesuitas necesitan desarrollar la cooperación en su trabajo común. Realmente es para mí una gran satisfacción el ver que esta cooperación existe en la Universidad Sanata Dharma.

También he oído que en esta universidad se está formando un Centro de Espiritualidad Ignaciano para conocer a fondo y aplicar el espíritu ignaciano. Es este un impulso que merece ser apoyado de todo corazón. Este nuevo Centro de Espiritualidad Ignaciano aportará con ilusión ideas útiles, particularmente las referentes a la enseñanza. Espero que este centro pueda cooperar con otros centros ignacianos de todo el mundo recientemente creados en muchas universidades jesuitas.

Por ser una muy joven universidad jesuita, vuestra Universidad Sanata Dharma necesita promover la cooperación con otras universidades jesuitas de todo el mundo, así como aprender de sus copiosas experiencias. Sin duda que vuestra joven pero fuerte experiencia interesará a otras universidades de todo

el mundo. Mediante esta cooperación llevaremos a cabo nuestra misión corporativa en esta más creciente y moral era. Me da muchos ánimos el saber que Sanata Dharma se ha ofrecido a instituciones docentes en Camboya y Myanmar. Esta es una verdadera realización del espíritu jesuita y recomiendo que se continúe.

El tercer *campus* de Paingan sigue todavía en construcción. Ésta va a ocupar un vasto espacio. Esperemos que tal extensión no se quede sólo en edificios sino que se extienda también al pueblo al que se sirve. La universidad, especialmente la fundación, deberá prestar atención a la buena marcha del *staff*, tanto el académico como el administrativo. También les animo a la cooperación estrecha entre la universidad y la fundación en su trabajo de servir a la comunidad académica así como al público en general.

Tanto la educación de los alumnos como el desarrollo de su personalidad deben tener una alta prioridad. De acuerdo con la tradición docente jesuita, en la *cura personalis* (atención a la

persona) respecto a los alumnos, hay que poner mucho énfasis. El desarrollo de la nueva universidad y el aumento de la heterogeneidad de los mundos culturales de donde proceden los alumnos, presentan tanto el reto como la oportunidad de los diálogos entre las diversas culturas y fes. Estos diálogos mantenidos por la universidad para promover un mutuo entendimiento más profundo deberán continuarse.

Finalmente, yo quisiera expresar mi más profunda gratitud a todo el *staff* académico y administrativo por su contribución al desarrollo de esta universidad.

Que a la Universidad Sanata Dharma, inspirada por la visión de IGNACIO sumada a la energía de todos los miembros de la comunidad universitaria, le sea fácil enfrentarse a los grandes retos que le van a hacer este país y el mundo en los umbrales del tercer milenio.

Que Dios bendiga a la Universidad Sanata Dharma y le haga fácil el llevar adelante su desarrollo.

**ALOCUCIÓN DEL PADRE PETER HANS KOLVENBACH, S.J.,
GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Y GRAN CANCELLER DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA,
AL COLEGIO UNIVERSITARIO LOYOLA***

* Chennai, 2 de marzo de 2000

Me alegro de estar con ustedes el día de hoy, cuando con legítimo orgullo y acción de gracia a Dios, celebran las bodas de diamante de su Colegio Universitario. Es algo de gran alegría para la Compañía de Jesús, que fundó este Colegio Universitario y lo atendió durante más de tres cuartos de siglo, en los que Dios ha bendecido en gran manera vuestros esfuerzos. Plantado como un pequeño pimpollo sobre una alberca de la ciudad de Madrás en 1925, Loyola ha crecido como una poderosa higuera india. Puesto en marcha por el padre BERTRAM con 75 alumnos en nómina el primer año, el Colegio Universitario hoy en día ha crecido inmensamente en el número de estudiantes y en la variedad de cursos que ofrece, y en sus departamentos de investigación realiza un trabajo relevante que abarca diversos campos.

1. No es el aumento en extensión lo que es causa de orgullo para un Colegio Universitario. Yo felicito de todo corazón al Loyola por su continuo esfuerzo en contribuir de forma significativa al doble objetivo de educación relevante en este país: es decir, que la enseñanza universitaria sea asequible a todos los niveles sociales, y al mismo tiempo se mantenga el alto nivel de la excelencia en la enseñanza, la investigación y las publicaciones que son las tres aspiraciones de un Colegio Universitario.

En los 75 años de su servicio al verdadero espíritu de democratización de la enseñanza superior, el Colegio Universitario ha abierto sus puertas a sectores de personas que durante siglos

permanecían privadas de la enseñanza superior. En un mundo de notarias desigualdades, la Compañía de Jesús, como todos ustedes saben, ha estado decididamente a favor de los pobres y los necesitados, haciendo uso de la opción preferente por ellos. Me dicen que esta opción se refleja en el sistema que vuestra institución sigue en las admisiones y se ha guardado en el acceso a la enseñanza superior en la primera generación de alumnos. Siendo así, se borra la mala impresión de que este Colegio Universitario atiende únicamente a la élite de lo que se estima es una acaudalada minoría.

2. Junto con la democratización de la enseñanza, que va unida a la opción preferente por los pobres, la Compañía de Jesús insiste en que un Colegio Universitario debe mantener un alto nivel en la docencia, la investigación y las publicaciones. Ciertamente la opción por los pobres no significa que el Colegio Universitario haya de bajar el nivel de sus realizaciones académicas. Una institución de enseñanza superior no puede traicionar su misión básica que es la continua búsqueda de la verdad a través de su investigación, el cuidado y la comunicación del conocimiento en bien de la sociedad. (*Ex Corde Ecclesiae*, nº 30).

Por ello, un Colegio Universitario no puede reducirse a una mera continuación de una escuela superior, preparando a sus alumnos para abordar su vida personal y económica. Su única característica es que a través de la investigación, que eventualmente se hace pública, promueve el crecimiento del

conocimiento que significa algo para las necesidades de aquéllos a quienes sirve. Se me ha informado de que el Colegio Universitario Loyola realiza esto también y me llena de satisfacción el enterarme de que una encuesta nacional ha asignado a Loyola el quinto lugar entre los colegios universitarios del país. Para un colegio universitario jesuita este prestigio es a su vez un nuevo reto para contribuir al verdadero concepto del papel que juega la enseñanza superior en un país pobre como la India.

El Colegio Universitario Loyola, al igual que otras instituciones jesuitas de todo el mundo, nunca ha entendido *sobresalir* restringidamente en términos de nivel académico. Sin hacer de menos estos, se ha esforzado por lo que es conocido como *sobresalir* humanamente, fijándose expresamente en el desarrollo integral de la persona humana, tanto como ser individual como social. Mediante la instrucción en las aulas, la biblioteca, el fácil acceso a los laboratorios, así como otras diversas actividades integradas en los cursos y programas de servicio universitarios, el Colegio Universitario Loyola ha estado procurando a su manera el dar vida a la visión actual de la educación jesuita, tal como se presenta en el documento *Características de la educación jesuita*, para formar líderes en servicio, hombres y mujeres de competencia, conciencia y dedicación compasiva.

3. Cuando estamos entrando en el nuevo milenio, la institución tiene que hacer frente a nuevos retos. Estos retos proceden de la actual situación que prevalece en la India

y en toda Asia del sur, marcada por una profunda religiosidad y ricas culturas antiguas por una parte, y una completa pobreza por otra. En tal situación una institución jesuita de enseñanza superior sólo puede funcionar efectivamente si aborda tres retos: acción a favor de la justicia, transformación de culturas y diálogo interreligioso. Éstos han sido articulados como dimensiones básicas de nuestra misión jesuita, no sólo para la India y Asia del sur sino también para toda la Compañía de Jesús, por la Congregación General 34. Permítanme que comparta con ustedes algo de lo que pienso sobre cada uno de estos retos de hoy en día respecto a la enseñanza superior.

A. ACCIÓN EN PRO DE LA JUSTICIA

En un mundo de manifiesta injusticia y de desigualdades sociales acentuadas cada vez más por formas de actuar neoliberales, no podemos mostrarnos complacientes alardeando simplemente de que en nuestra institución estamos admitiendo más y más alumnos pobres.

Las cuestiones cruciales son: ¿qué es lo que hacemos una vez que los hemos admitido? ¿En qué forma la particular forma que nos lleva a admitirlos determina, primero, qué les enseñamos de hecho y cómo los formamos y también, además, la investigación que un colegio posgraduado se supone ha de llevar a cabo?

Habremos fracasado en nuestra misión de llevar adelante nuestras insti-

tuciones de enseñanza superior si un alumno, rico o pobre, sale de nuestro centro únicamente con una alta calificación en temas académicos sin haber crecido en su sentido de lo divino, respeto a la dignidad humana, compasión por el pobre, preocupación por la justicia, consciencia de las opresivas estructuras sociales y compromiso para ayudar a construir una más justa y más humana comunidad. Nuestro enfoque, consiguientemente, ha de trasladarse ahora de la mera admisión del pobre a la formación para el pobre y al estudio de las diversas disciplinas desde el punto de vista del pobre. De este aspecto informativo, crucial en nuestro trabajo docente, no es posible ocuparse si únicamente se presta atención al contenido de la educación dejando de centrarse conscientemente en su pedagogía. Después de haber publicado su documento *Características de la educación jesuita*, la Compañía de Jesús se ha presentado con una pedagogía formativa para hacer realidad estas características en las vidas de los jóvenes y las jóvenes que vienen a estudiar en nuestros centros. Este paradigma pedagógico ignaciano debe pasar a ser estudiado seriamente, experimentado y realizado por todos los interesados en este crucial aspecto formativo de nuestra enseñanza.

Aparte de este aspecto formativo, debemos también insistir en que la investigación significa mucho en los colegios universitarios. No podemos contentarnos meramente con la docencia por muy esencial que ella pueda ser. De forma que la investigación ha de estar de acuerdo con la filosofía

que nos lleva a optar por los pobres. Tiene que contribuir a mejorar la calidad de vida de las masas. De este modo, medio ambiente y ecología, globalización y su impacto en los más débiles o desfavorecidos, la clase de justicia, los problemas de los que viven en la dura pobreza y las formas en que los afecta ésta, son algunos de los capítulos que es preciso estudiar en profundidad continuamente. La investigación buscará descubrir las raíces de estos problemas, prestando especial atención a sus dimensiones sociales y éticas. Si fuera preciso, debemos tener el coraje de decir verdades molestas que son necesarias para salvaguardar el auténtico bien de la sociedad y hacer nuestra la causa de los pobres. (Cf. *Ex Corde Ecclesiae*, n.º 32).

Haré aquí referencia al manifiesto de IGNACIO ELLACURÍA, el mártir rector de la Universidad jesuita de El Salvador:

“La universidad debe estar presente intelectualmente donde es necesaria

- Para proporcionar ciencia a los que no tienen conciencia.
- Para proporcionar capacidades a los incapaces.
- Para ser la voz de los que no tienen voz.
- Para proporcionar apoyo intelectual a los que carecen de grados académicos para promover y defender sus legítimos derechos”.

B. TRANSFORMACIÓN DE CULTURAS

Una segunda dimensión vital de la enseñanza jesuita es el papel que juega en la transformación de las culturas. La enseñanza está en contacto inmediato con la cultura, con los valores por los que una determinada comunidad de personas vive, con la forma en que ellas piensan y siente, se expresan y celebran la vida. Como centro de enseñanza superior, el Colegio Universitario Loyola tiene una cultura propia específica, basada en una filosofía de la persona humana y de la humana comunidad. Esta filosofía tiene que estar en constante diálogo con lo que está sucediendo hoy en día en la sociedad tamil, con la cultura de la India, cuando esta gran nación enfrenta modernidad y posmodernidad. Con objeto de definir su cometido respecto a la cultura, ustedes tienen que prestar atención particularmente a la cultura transnacional de hoy en día, producida por la globalización y el cada vez más acelerado uso de los medios de comunicación. Ciertos aspectos de esta cultura transnacional están estrechamente relacionados con un sistema de valores que promueve el consumismo, la codicia, la corrupción y la violencia. Tal cultura justiprecia el valor de hombres y mujeres por su capacidad de producir dinero. En este contexto, los centros de enseñanza superior tienen el reto de promover un género diferente de cultura con un conjunto de valores diferentes, tal como se proponen en las *Características de la educación jesuita*, "Una visión espiritual del mundo frente al materialismo, una preocupación por los otros frente al egoísmo, sencillez frente

al comunismo y la causa de los pobres frente a la injusticia social" (*Características* nº 96). Como consecuencia del liberalismo se da una tendencia hacia la homogeneización de culturas en nombre de la modernidad y el progreso tecnológico.

Amenazadas por esta homogeneización, las culturas indígenas afirman su propia identidad mediante la promoción de sus lenguas y sus formas de arte tradicionales. Nosotros podríamos promover ese saludable resurgir y la liberación de las culturas indígenas mediante la investigación, las publicaciones y la activa promoción de artes populares y expresiones vivas de culturas tradicionales, haciendo realidad las legítimas aspiraciones populares por una sociedad pluricultural. Mientras la uniformidad causada por la homogeneización de las culturas amortece el espíritu humano, la proexistencia —no la coexistencia— de diversas culturas en mutua interacción enriquecerá el espíritu humano y llevará a desarrollar una vibrante comunidad humana.

C. DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

De igual importancia es el diálogo interreligioso. En estos días de creciente fundamentalismo y comunalismo, el estar enraizado en la propia fe de uno, permaneciendo al mismo tiempo abierto a los que profesan otras fes, dando así testimonio a la común armonía como instituciones docentes, es uno de los más grandes retos del momento actual en este país. Viviendo y estudiando codo con codo nuestros estudiantes, que profesan diversas creencias, necesitan cultivar una gran comprensión y un

gran respeto a la visión de la de los otros. sobre los esenciales valores humanos que toda religión profesa, el Colegio Universitario Loyola puede y debe promover la colaboración. Nuestra implicación en temas referentes a los derechos humanos y al servicio a los que nos rodean, lleva a la unión de estudiantes de diversas fes religiosas. Tales ocasiones ofrecen un excelente contexto para orar en común, tomando la inspiración de las escrituras de diversas religiones, participando mutuamente de la nueva percepción obtenida de nuestras variadas y todavía ricas tradiciones religiosas. Yo quisiera poner un especial énfasis en lo que nuestra última Congregación General tan enérgicamente ha hecho resaltar: "Ser religioso hoy en día es ser interreligioso en el sentido de que una positiva relación con los creyentes de otras fes es algo que se requiere en un mundo de un pluralismo religioso".

4. Después de haber subrayado los incomparables logros del Colegio Universitario Loyola durante sus 75 años de servicio a la enseñanza superior y habiendo recorrido la serie de retos a los que Loyola ha hecho frente en el nuevo milenio, que se siguen del mismo contexto de nuestras instituciones y por la misión del día de hoy de la Compañía de Jesús, permítanme que pase a expresar algunas de mis preocupaciones ante el futuro.

a. Privatización de la enseñanza

Ahora están ustedes trabajando en circunstancias en que ya no se pueden

lograr fundaciones gubernamentales cuando ustedes tienen que añadir nuevos y más relevantes y significativos cursos. Los cursos autofinanciados que ustedes introducen en estas circunstancias son costosos y los sitúan por encima de los medios de los que son pobres y no pueden pagar tan altos precios. Fácilmente se nos puede acusar de comercializar la enseñanza. Nuestro compromiso con la justicia y la opción preferente por los pobres nos puede llevar a buscar formas y modos de hacer estos cursos asequibles a los pobres, que de no ser así se verían excluidos de ellos caso de no tener becas o concesiones de pago. Nosotros no podemos ceder ante las presiones que querrían capitalizar bajo la denominación de marca Loyola y servirse de la enseñanza como negocio que produce beneficios. Tal comercialización de la enseñanza superior querría, como ustedes saben seguramente, perpetuar el modelo económico del mercado capitalista, que se funda en la convicción de que la pobreza de un sector es inevitable y por ello tolerable a causa del progreso de otro sector y del crecimiento del conjunto de la economía nacional. Pero el evangelio que nosotros predicamos nos dice que la pobreza y la injusticia son contrarias a la voluntad de Dios, y precisamente por eso no deben darse. Hemos de esforzarnos por desarrollar imaginativa y creativamente las competencias básicas de los diversos departamentos de este gran Colegio Universitario para ofrecer cursos relevantes, cuantitativamente excelentes, a pesar del costo efectivo y dentro de las posibilidades de los pobres.

b. Participación de los seglares

Todavía queda otra preocupación de la que quisiera hacerme eco en una ocasión como la del día de hoy: nuestro trabajo a una con los seglares. Ustedes conocen muy bien lo que dependen nuestros centros docentes de la colaboración de los seglares, católicos y otros, para llevar a cabo con éxito nuestra misión. Tal colaboración no depende meramente de una mejor relación entre empresario y empleado —lo cual es el mínimo básico—. Pero tampoco depende únicamente de la participación de las responsabilidades administrativas, incluidas en ellas las consultas y la toma de decisiones. La verdadera participación dependerá de la coparticipación de los jesuitas con sus compañeros de trabajo seglares, de su espiritualidad, su visión e ideales mediante programas de formación que funcionen eficazmente. Quisiera repetir aquí lo que tantas veces he dicho ya: que los jesuitas son tan hombres para los demás como hombres con los demás.

(CONCLUSIÓN)

Querría concluir haciendo constar mi profundo agradecimiento a todos los jesuitas, pasados y presentes, y a todos los miembros del *staff*, docentes y no docentes, que han llevado a cabo la construcción de este templo de la sabiduría, el Colegio Universitario Loyola, gracias a su dedicación y entrega, continuo sacrificio e incansables esfuerzos en los tres cuartos de siglo pasados, así como a los alumnos, antiguos y actuales, que con su respuesta positiva y entusiasta han hecho posible el buen resultado de la institución. Mi felicitación a todos ustedes.

Mi agradecimiento al rector y al presidente de este Colegio Universitario por haberme dado esta oportunidad de compartir con ustedes algunas de mis ideas. Me uno a ustedes en estas bodas de diamante, dando gracias a Dios por dirigir de maravilla el destino de esta gran institución en los pasados años, invocando su guía y bendiciones para afrontar los retos que nos esperan.

¡Que Dios los bendiga a todos ustedes!

**ALOCUCIÓN DEL PADRE PETER HANS KOLVENBACH, S.J.,
GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Y GRAN CANCELLER DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA,
EN LA UNIVERSIDAD DE SAINT-JOSEPH ***

* Alocución en la fiesta patronal de la Universidad de Beirut 19 de marzo de 2000

Señoras y señores profesores.

Señoras y señores representantes del personal.

Señoras y señores representantes de los estudiantes.

De todas las universidades fundadas por los jesuitas a lo largo del mundo, la Universidad de Saint-Joseph de Beirut es la más querida por mí, no sólo porque allí he sido sucesivamente estudiante y profesor, sino también porque, a mis ojos, ha tenido el inmenso privilegio de contribuir al surgimiento de la conciencia colectiva de una nación.

En efecto, si es verdad, como afirma Juan Pablo II, que “el Líbano no es sólo un país, sino también un mensaje”, es preciso reconocer igualmente que la Universidad de Saint Joseph está en el corazón de este mensaje, que no ha dejado de elaborar, promover y difundir desde hace 125 años.

No pretendo describir aquí la historia de la Universidad de Saint-Joseph. Me basta con recordar que ha conocido un desarrollo complicado, bajo todos los puntos de vista, marcado por negociaciones, a menudo difíciles, primero con el estado otomano, luego con el estado francés, finalmente con el estado libanés, a fin de salvaguardar su autonomía y de concederse las estructuras de una universidad completa. Entre medias, ha sobrevivido a las vicisitudes de dos guerras mundiales e incluso, más recientemente, a las importantes destrucciones que ha sufrido.

En medio de estas pruebas la Universidad de Saint-Joseph ha sabido dis-

cernir los elementos constitutivos de la identidad libanesa: una identidad compleja, repartida entre la pertenencia geopolítica y cultural al mundo árabe y la apertura a la civilización europea, aportada al Líbano por la cultura francesa. En medio de estas pruebas ha contribuido —por enseñanzas, sus investigaciones y su acción— a la construcción de una nación pluricomunitaria donde todos los ciudadanos vivan juntos, iguales y diferentes, y donde las diferencias culturales se unifiquen en la producción de un estilo de vida común y singularizada. Es a este modelo de tolerancia, convivencia e intercambio al que el Papa ha denominado “un mensaje”.

Este mensaje, que la nación libanesa ha terminado por concederse por vocación explícita en 1943, no es ajeno al principio general que ha regido la enseñanza y la acción de los jesuitas desde la fundación de la orden: saber promocionar la eminente dignidad de la persona humana a través, y más allá, de sus adhesiones personales —étnicas, lingüísticas, religiosas—. Resumiendo la acción de los jesuitas al lado de los indios guaraníes en los siglos XVII y XVIII, un historiador escribía en 1780: “No intentaron hacer cristianos sino después de haber hecho hombres”¹. A esta constatación de un escritor del siglo XVIII, por tanto poco sospechoso de simpatizar con la Compañía de Jesús, responde la reflexión de un sociólogo contemporáneo definiendo en estos términos el lema de los jesuitas: para

1 G.T. RAYNAL, *Historie philosophique et politique des établissements des Européens dans les deux Indes*, Genova, 1780.

ellos, dice, "no hay nada que separe profundamente al hombre del cristiano; el segundo es la perfección del primero"². ¿Puede ser de otro modo para el que cree que el Verbo ha levantado su tienda entre nosotros?

A esta tradición, a la vez humanística y auténticamente cristiana, inherente a la espiritualidad de la Compañía de Jesús, a este espíritu de apertura incondicional a los hombres y mujeres de todo origen y de toda comunidad, en nombre de su humanidad común, a este ideal de servicio y amor al otro en tanto que es el otro, cualesquiera que sean sus pertenencias sociales y culturales, la Universidad de Saint-Joseph actualmente autónoma con relación a la Compañía de Jesús y en tanto que institución, pero no en materia de inspiración ignaciana, es a lo que ha sabido mantenerse completamente fiel. Tengo la oportunidad de expresar mi agradecimiento al primer rector jefe y a los miembros de esta instancia suprema que es el Concilio de la Universidad, pero también al conjunto del profesorado, al personal administrativo y al personal de servicio, cuya abnegación, lo sé bien, ha sido siempre sin tacha. Pero cómo no expresar igualmente mi gratitud a los jesuitas dispersos por diferentes instituciones —a título de profesores, investigadores, administradores o capellanes— cuya presencia quiere contribuir a la permanencia de la vocación original de la Universidad de Saint-Joseph de Beirut.

Señoras y señores profesores

Vuestra vocación como educadores es estar al servicio del estudiante. Ser-

vir al estudiante es garantizarle una formación integral que le permita actuar con competencia y humanidad en el mundo de mañana, un mundo realmente nuevo, dominado por la globalización de los cambios económicos y tecnológicos y la mundialización de los medios de comunicación e información. Las reglas del juego social e interpersonal han cambiado radicalmente. Éstas exigen de nosotros una gran capacidad de adaptación, pero también un agudo sentido crítico susceptible de discernir lo que, en la globalización, tal como se perfila, contribuye al crecimiento de la persona, y lo que, al contrario, amenaza con destruirla. Es dentro de este contexto que desearía hablaros un momento de la orientación que la universidad está llamada a adoptar hoy en día en su triple relación con la sociedad, la cultura y el absoluto.

LA RELACIÓN CON LA SOCIEDAD

Apenas hay una sociedad hoy en día que no experimente, en uno u otro grado, los efectos de la globalización, y que no intente orientar su rumbo en función de sus necesidades y sus aspiraciones. En este contexto, la universidad está llamada a jugar un papel primordial tanto a nivel de información como de formación. Pero no puede cumplir correctamente esta tarea a menos que, en medio de las mutaciones sociales que le rodean y afectan, sepa salvaguardar su identidad.

2 G. IMBRUGLIA, Introducción y presentación de L.A. MURATORI, *Relation des Missions du Paraguay*, La Découverte/Maspero, París, 1983, pág. 27.

Es sin duda una perogrullada decir que la identidad de la Universidad de Saint-Joseph, como toda institución similar, es, antes que nada, ser una universidad. Pero esta aparente obviedad encubre condiciones que conviene precisar. Está claro que hoy en día una universidad no merece este nombre a menos que satisfaga las exigencias de fulgurante progreso científico y tecnológico que ha transformado radicalmente las nociones de espacio y tiempo, considerados hasta ahora como marcos *a priori* de todo conocimiento.

En consecuencia, la universidad debe actualizar constantemente sus objetivos, programas, metodologías, equipamiento y estilo de gestión, y someterlos a una evaluación periódica. Al mismo tiempo, debe discernir, dentro de la masa de conocimientos posibles, el más fecundo; dentro de las nuevas tecnologías, la más rentable; dentro de las diferentes metodologías, la más pedagógica, mirando, en conjunto, la excelencia. En el discurso contemporáneo, la excelencia se ha convertido en una palabra clave que designa, en lo relativo a las instituciones educativas en general, la calidad total de la enseñanza, la investigación y los medios de acceso. Se mide con la vara de la competencia y la competitividad.

Pero la identidad de la Universidad de Saint-Joseph es también la de una universidad de inspiración cristiana. La Carta lo dice explícitamente: "La Universidad de Saint-Joseph se compromete a obrar dentro de la perspectiva cristiana que ha sido siempre la suya desde su fundación" (art. IV). Esto significa claramente que, para la Uni-

versidad de Saint-Joseph, la excelencia académica es vana si no se acompaña de la excelencia humana, vista a la luz de los valores evangélicos. En función de este imperativo, han de pasarse por la criba de la crítica los criterios de competencia y competitividad, una cuestión que se plantea incesantemente en esta era nuestra de globalización. Conviene verlos simultáneamente dentro de un doble plan de conocimiento y acción.

El saber se acumula, en apariencia, sin límite. Nunca ha conocido la humanidad un progreso científico y tecnológico equivalente al que se ha alcanzado en el último medio siglo. Jamás ha poseído el hombre tal poder sobre la naturaleza y la vida: poder siempre creciente para mejorar las condiciones de la existencia humana, pero también, por primera vez en la historia, poder exorbitante para destruirse a sí mismo y destruir el planeta. La competencia, por sí sola, no proporciona al hombre el medio de escapar a su destino de aprendizaje de brujo, porque ninguna conciencia nos puede decir qué hacer con la ciencia. Para conferir sentido y orientación a una existencia que ha perdido sus referencias, es necesario un criterio que trasciende la competencia y la somete a sus principios: este criterio es del orden de la sabiduría.

La sabiduría humana se arraiga en la razón. No la razón instrumental que no es más que un poder determinado de la razón, al que KANT llama el entendimiento y cuyas operaciones marcan, en última instancia, un cálculo de intereses, sino la razón que consiste en el poder de elevarse por encima de todas

las determinaciones particulares y juzgarlas en función del horizonte de la universalidad que le es propio. A la razón o entendimiento instrumental le corresponde el libre arbitrio, cuyas elecciones son necesariamente arbitrarias; a la razón le corresponde la libertad que no acepta más que lo que es razonable, es decir, universal. Precisamente en ella reside para nosotros la sabiduría. Y la fe que nos revela la solicitud de Dios para todo ser y la amplitud de su proyecto de compartir su vida con todos nosotros, cumplir y elevar, ahondar e iluminar nuestra sabiduría de hombres, para guiar nuestras elecciones hacia la realización del diseño de amor de Dios sobre el universo.

Falta de una instancia ética fundada en la razón, y de una fuerza desde lo alto que sostenga nuestra sabiduría, vemos cómo la competencia degenera en una competitividad desmesurada, que no tiene otro fin que la sed de poder. El saber es poder, y saber más que los demás es aumentar el poder sobre los demás. Esto es lo que parecen ignorar los defensores del neoliberalismo salvaje, que ven en la competitividad mundial el único medio de inaugurar, para toda la humanidad, una era de prosperidad económica sin precedentes y un acceso creciente a la vida democrática. Los resultados de los procesos, tal como se muestra ante nuestros ojos, desmienten sus palabras. Lo que está en marcha es la concentración de la riqueza en manos de una minoría reducida, la exclusión de los débiles, la diferencia cada vez mayor entre ricos y pobres, la exacerbación del individualismo y el desprecio de la compasión. He aquí una situación que, en nombre de nuestra

sabiduría y de la fe que nos inspira, no podemos dejar que perdure y se desarrolle.

Si no, la propia educación, que no puede sustraerse a la globalización y al mercado, corre el riesgo de conocer los mismos fenómenos que se han observado en el dominio económico: concentración de saber y de poder para beneficio de un número restringido de personas, exclusión de los débiles, agrandamiento de las diferencias. En la educación, además, insistir en que la calidad, la competencia y la eficacia —por inevitables que sean en nuestros días— puede llevar a efectos contrarios a los buscados. Y, de hecho, se ve ahondarse día a día el abismo entre los que saben y los que no. Y en este dominio, también, los perdedores son siempre los pobres. “para los pobres, dice JUAN PABLO II, se une a la penuria de bienes materiales la del saber y de los conocimientos”³.

En sí misma, la competitividad es un elemento motor de energía creadora. Si, dentro del contexto de la globalización, engendra efectos perversos, es porque no contempla más que el acrecentamiento del poder. Ahora bien, el poder no es un fin, sino un medio. El poder —y el saber que facilita su adquisición— tiene como fin el servicio a los demás. Esto significa que la competitividad tiene por finalidad la solidaridad. No es una obligación que se imponga a la voluntad desde el exterior. Se arraiga en la conciencia humana que, por su propia naturaleza, es intersubjetiva. Es una traducción del

3 Encíclica *Centesimus Annus*, n° 33.

amor de Dios a imagen de lo que somos, y que nos ha creado para que seamos en Él hermanos los unos de los otros.

El saber es para todos, y para todos el poder que confiere. Nuestras instituciones educativas no tienen el derecho de ser exclusivas, no pueden contentarse con estar al servicio de un determinado segmento social. Si, a pesar de los esfuerzos reales que hacen por abrirse a todos los públicos, no son accesibles a todos por igual, es, aquí como en otras partes, por razones diversas. Los estados, en todo caso, deberían garantizar el derecho de los padres a elegir libremente la mejor educación posible para sus hijos.

Pero los límites impuestos a esta libertad no pueden servir de pretexto para resignarnos a excluir a los pobres de nuestro proyecto educativo. Si los pobres no pueden venir a la Universidad de Saint-Joseph, que la Universidad de Saint-Joseph vaya a los pobres. No ignoro que ciertas instituciones de la universidad tienen como vocación explícita prodigar cuidados y educación a los desfavorecidos, a los excluidos, a los pobres. No ignoro menos la existencia y el desarrollo de un sistema de becas y préstamos que permite a los estudiantes económicamente desfavorecidos proseguir sus estudios en la universidad. Pero estoy especialmente sensibilizado hacia dos iniciativas adoptadas por la universidad con ocasión del 125 aniversario de su fundación: la recogida de fondos para 125 becas estudiantiles y el patrocinio de cuatro escuelas pobres en Beirut y en las tres regiones donde están implantados los centros universitarios. Dos iniciativas

que involucran simbólicamente a toda la universidad y atestiguan su preocupación por estar, en la medida de lo posible, abierta a todos.

No puedo menos que animaros a todos a hacer vuestra, de una forma concreta, esta voluntad de apertura y de cuidado específico a los pobres. Y, especialmente, hacer que los estudiantes la compartan. Queremos que el ideal de justicia social esté presente en la conciencia de cada uno de ellos, de forma tal que impregne su pensamiento e inspire su acción. Así a vosotros os corresponde ayudarles a optar por los pobres, como una suerte de criterio a la hora de tomar su decisión, de modo que pregunten siempre ante una situación importante cómo va a afectar esta decisión a los que ocupan el último escalón dentro de la sociedad. Esto forma parte de la excelencia humana y evangélica que concebimos para ellos.

LA RELACIÓN CON LA CULTURA

Atenta a las aspiraciones sociales de los individuos y de los grupos, la universidad debe prestar también oído a sus reivindicaciones culturales. A menudo éstas son, hoy en día, más vivas que las culturas particulares, y las identidades que determinan están amenazadas por la expansión de la cultura de masas que acompaña a la globalización de los cambios y la mundialización de los medios de comunicación e información. Al menos esta uniformización de la cultura nos ha sido anunciada en el discurso intensamente difundido que preconiza la homogeneización de productos y comportamientos y la difusión de un "estilo

de vida global". "Lejos está el tiempo de las diferencias regionales o nacionales, profetizaba en 1983 un ilustre defensor del mercado global, (...). Las diferencias debidas a la cultura, a las normas, a las estructuras, son vestigios del pasado"⁴.

Pero una cosa es el discurso y otra la realidad. lo que está en vías de mundialización es una civilización técnica que, lejos de impulsar la homogeneización de las culturas, agudiza, al contrario, sus diferencias. El escritor VACLAV HAVEL, presidente de la República Checa, expresa con energía esta distinción:

"Ha bastado algunas décadas, afirma, para que una civilización única, de esencia técnica, cubra la totalidad del planeta por primera vez tras centenares de milenios que han transcurrido desde la aparición del hombre (...). Pero la civilización global de la que hablo no representa, a pesar de su carácter omnipresente y visible, más que una simple película que recubre la superficie de la conciencia total de la humanidad (...). Esta fina película, más o menos unidad (...) que cubre en la actualidad al globo no hace en el fondo más que envolver y disimular la inmensa variedad de culturas subyacentes, pueblos, mundos religiosos, tradiciones históricas y actitudes forjadas por la historia. Y a medida que se extiende el barniz unificador, lo que está por debajo, escondido, comienza a reivindicar cada vez con más claridad la palabra y el derecho a la existencia"⁵.

Es evidente que las prodigiosas innovaciones de la civilización técnica pueden enriquecer considerablemente nuestra vida. Pero pueden también

empobrecerla, aplanarla, ponerla en peligro o destruirla. Desgraciadamente ésta es muy frecuente en nuestro mundo actual, donde se asiste a la extensión de una guerra de culturas tanto más dura cuanto que utiliza el apoyo de las más avanzadas técnicas. El recrudecimiento del integrismo de todo tipo y el hecho de que recurra a diversas formas de violencia, ¿no son, en gran medida, la expresión de una reivindicación de identidad exacerbada, reaccionaria, en los países del sur, contra el impacto nivelador de la civilización técnica y, en los países del norte, contra la desestabilización de las culturas nacionales, provocada por la inmigración de poblaciones heterogéneas y la caída de barreras entre las naciones?

La alternativa es clara: o la guerra de las culturas o el diálogo de las culturas. En el estado actual de las cosas, HAVEL, que vale la pena citar de nuevo, ve

"una llamada clara y precisa, no sólo al mundo euroamericano, sino a toda la civilización contemporánea. Una llamada a reconocerse como una civilización multicultural y multipolar, que no tiene como meta destruir la autonomía de las diferentes esferas culturales, sino, al contrario, permitirle expresar mejor su propia identidad. Lo que no es posible y ni siquiera concebible, concluye, salvo

4 T.LEVIT, *The Marketing Imagination, Free press, New York, 1983*, citado por A. MATTELART, "La globalisation de la culture est inévitable" en Club Merleau-Ponty, *La pensée confisquée, La Découverte, Paris, 1997*, pág. 260.

5 V.HAVEL, *Il est permis d'espérer*, Calmann-Lévy, Paris, 1997, págs. 127-128, 129-130.

en la medida en que todos los hombres acepten una especie de mínimo común, un código fundamental de coexistencia duradera”⁶.

Este código, el Líbano ha tenido el privilegio de ponerlo en práctica a nivel nacional, e, incluso, de ver allí la principal justificación de su existencia. Pero, por duradera que sea, la coexistencia no es aún la convivencia. La coexistencia expresa una interacción de comunidades y culturas; supone compasión y simpatía recíprocas. A este respecto, la Universidad de Saint-Joseph, en la que la población es multicomunitaria; tiene un importante papel que jugar. Más allá del respeto a las diferencias, por el que vela escrupulosamente, le es propio promover el conocimiento y la estima mutua entre personas de diferentes comunidades, y la convicción de que la interpenetración de sus respectivas tradiciones culturales constituye, tanto para los individuos como para los grupos, un poderoso factor de enriquecimiento.

La promoción de la convivencia no es posible, sin embargo, más que bajo ciertas condiciones, que JUAN PABLO II enuncia en su *Exhortación apostólica* y que desearía recordar aquí: es la edificación de “un sistema político y social justo, equitativo y respetuoso con las personas y todas las tendencias que componen el país”; es el desarrollo de un “reparto equitativo en el seno de la nación, para que todos puedan poner sus talentos y capacidades al servicio de sus hermanos y sentir que tienen una contribución específica que aportar a su país”; es el derecho de cada uno a jugar “su papel dentro de la vida

social, política, económica, cultural y congregativa, con fidelidad a sus tradiciones espirituales y culturales, en la medida en que no se opongan al bien común”. Pero, como dice el Papa: “Todo ello supone también que el país recobre su total independencia, una soberanía completa y una libertad sin ambigüedad”⁷.

A la espera de que se cumplan plenamente estas condiciones, el Santo Padre nos dice también cómo preparar a nuestros estudiantes:

“Conviene, concluye Juan Pablo II, aclararles los principios y los valores de la vida personal y social. Así se convertirán por entero en compañeros, preocupados por buscar incansablemente el diálogo con sus hermanos, deseosos de asumir compromisos para que sea posible la convivencia, pero sin que eso termine en hacer concesiones sobre los principios y valores”⁸,

es decir, sin que eso termine en hacer concesiones sobre el respeto de la persona humana y los derechos del hombre que expresan las exigencias mínimas.

En una sociedad pluricomunitaria como la sociedad libanesa, el respeto a los derechos humanos condiciona las modalidades de diálogo de las culturas. La interacción de comunidades y de sus respectivas tradiciones exige sin duda

6 *Ibidem.*, págs. 130-131.

7 JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Une espérance nouvelle pour le Liban*, n° 94, n° 95, n° 121.

8 *Ibidem.*, n° 51.

compromisos, pero no la aceptación de disposiciones estatutarias o consuetudinarias que vayan contra la dignidad de la persona humana. fuera de tales casos, completamente excepcionales y siempre difíciles de interpretar, la interacción entre las tradiciones culturales de las comunidades comporta ventajas. La primera es la comparación de culturas presentes que le permite al sujeto discernir, dentro de cada una de las culturas, lo que es bueno o malo, más próximo o más alejado de las exigencias de los derechos humanos. La segunda ventaja complementa la primera: la comparación de las culturas impulsa a cada una de ellas a aclarar y desarrollar los valores universales que lleva en potencia dentro de sí.

Es obvio que el respeto a los derechos humanos no concierne únicamente a la sociedad civil; se impone también a la suprema instancia, al estado. Sin embargo, no es mi papel señalar las violaciones de los derechos humanos que pueden producirse, aquí como allí, bajo la máscara de la razón de estado. Por el contrario, la universidad, sus profesores, sus estudiantes pueden tener un papel que jugar. En el seno de sus instituciones, en el entorno nacional y regional que le es propio, dentro de las organizaciones internacionales de las que es miembro —la Asociación de universidades árabes, Asociación de universidades francófonas, la Federación de universidades católicas), la Universidad de Saint-Joseph debe, de hecho, ser testigo privilegiado de una convivencia intercomunitaria y de un diálogo entre las culturas, regulados por los valores universales inherentes a los derechos humanos.

LA RELACIÓN CON EL ABSOLUTO

Los principios reguladores enunciados en la Declaración de los derechos humanos constituyen el marco de referencia necesario para todo diálogo entre culturas que se desee coherente y fecundo. Conforme a esta vara de medir se juzgan los valores vehículos para las culturas dialogantes. Pero dentro de una coyuntura intercultural que implica diferencias religiosas, el diálogo entre culturas tiende naturalmente a prolongarse en un diálogo de religiones, donde el marco de referencia supera el de los derechos humanos, sin por eso dispensarlos. No se trata aquí de tradiciones culturales surgidas de las diferentes religiones, se trata de las creencias que les son inherentes. El diálogo no consiste por eso en una confrontación de doctrinas y dogmas. Se sitúa al nivel de la experiencia fundadora que está en la raíz del hecho religioso en general. Esta experiencia radical es el terreno sobre el que se puede y se debe inscribir el diálogo entre religiones.

JUAN PABLO II lo evoca, en términos transparentes, en su encíclica *La fe y la razón*:

“Una simple mirada sobre la historia antigua escrita, muestra (...) claramente que en diferentes partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, nacen al mismo tiempo las cuestiones de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana. ¿Quién soy, de dónde vengo, y a dónde voy? ¿Por qué existe el mal? ¿Qué habrá después de esta vida? Estas interrogaciones están presentes en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen igualmente en los *Vedas*,

así como en el *Avesta*, los encontramos en los escritos de CONFUCIO y de LAO TSE, al igual que en la predicación de TIRTHANKARAS y de BUDA; nuevamente se las puede reconocer en los poemas HOMERO y en las tragedias de EURÍPIDES y de SÓFOCLES, igual que en los tratados de PLATÓN y de ARISTÓTELES. Estas preguntas tienen una fuente común: la búsqueda de sentido que, desde siempre, está presente en el corazón del hombre, porque de la respuesta a estas preguntas depende la orientación a imprimir a la existencia⁹.

La referencia a los filósofos—PLATÓN y ARISTÓTELES en este caso— señala implícitamente que esta búsqueda de sentido, que moviliza las fuerzas espirituales y afectivas del hombre, se arraiga en la propia razón, como su última exigencia. El hombre es un ser finito, pero su razón postula el infinito; el hombre es el único ser que sabe que va a morir, pero que se comporta como si fuera inmortal; el hombre es la única criatura capaz de decir no al aparente sin sentido de una vida que se encamina hacia la muerte y que busca desesperadamente un sentido a esta contradicción. Por tanto, es por un movimiento natural de su razón que exige un más allá de la muerte, que cree en un orden trascendente, que postula una autoridad y una justicia infinitamente superiores a las que conoce sobre esta tierra.

El diálogo de las religiones, con base a la experiencia arquetípica que les sirve de fundamento, supone el respeto absoluto y, en la medida de lo posible, la comprensión benévola del progreso personal del creyente, cualquiera que sea su profesión de fe. Es dentro de esta perspectiva que hay que interpretar la

disposición del artículo IV de la Carta de la Universidad de Saint-Joseph:

“La promoción humana que concibe no se limita a la adquisición de una cultura y al dominio de un técnica; está abierta a cuestiones fundamentales que se le plantean a la conciencia de todo hombre; esta apertura es el camino habitual hacia el reconocimiento de un Dios, trascendiendo todos los valores humanos, que da a la vida su plenitud de sentido y garantiza la libertad humana contra toda opresión (...). Esta perspectiva requiere de todos los que participan en la vida de la universidad compromiso de promover un espíritu de libertad personal y de apertura a la vida espiritual”.

Comprometido en el terreno de las “cuestiones fundamentales que se le plantean a la conciencia del hombre”, el diálogo entre religiones se desarrolla a través de la exposición, por parte de los compañeros, de respuestas que sus respectivas religiones aportan a estas preguntas. Sucede entonces aquí lo que pasaba en el diálogo entre culturas. La comparación diferencial de dos discursos permite a cada compañero apreciar, con toda libertad, el grado de pertinencia de cada uno de los dos tipos de respuesta en discusión y de extraer conclusiones relativas a la orientación de su vida personal. Es dentro de este espíritu que varias instituciones de la Universidad de Saint-Joseph, especializadas en el estudio del fenómeno religioso, buscan promover, mediante la enseñanza y la investigación, el diálogo islámico-cristiano.

9 JUAN PABLO II, encíclica *La fe y la razón*, n.º 1.

El diálogo interreligioso es, por otra parte, una de las principales orientaciones que la Compañía de Jesús ha hecho propia para su tarea diaria, como la presencia dialogante en el mundo de la cultura, de las culturas, y el compromiso hacia una sociedad más justa. Me siento, por tanto, feliz de animar aquí, de una forma aún más especial, a la universidad a hacer sitio plenamente a este dominio del diálogo entre religiones dentro de su propia misión. Este diálogo, que no se limita, por otra parte, a su forma doctrinal, sino que incluye el diálogo de la vida y del encuentro cotidiano, los compromisos en común y el intercambio de experiencias espirituales, es de una naturaleza tal que busca desarrollar el sentido de la libertad religiosa cuyo carácter primordial marca la exhortación apostólica de JUAN PABLO II:

“Entre los derechos fundamentales, dice el texto, está también el de la libertad religiosa. Nadie puede ser sometido a presiones, ya que por parte de individuos, grupos o poderes sociales, ni ser perseguido o marginado de la vida social debido a sus opiniones, ni impedido de llevar su propia vida espiritual y cultural, de suerte tal que en materia religiosa, nadie sea forzado a actuar contra su conciencia, ni impedido de actuar, dentro de límites justos, según su conciencia, tanto en privado como en público, solo o en asociación con otros”¹⁰.

Deliberadamente, he dejado para el final una cuestión que no habrán ustedes dejado de plantearse. Para formularla, tomo prestado el título de un diálogo entre HUMBERTO ECO y el cardenal CARLO MARÍA MARTINI, publicado en 1996: “¿En qué creen los que no creen?”¹¹.

Una respuesta breve consiste en decir que éstos no pueden sustraerse al absoluto postulado por la razón natural, sino que le confieren diferentes figuras (la vida, la libertad, la ética) sin conexión con un orden trascendente que, por definición, sobrepasa el entendimiento, es decir, la razón científica. Este ateísmo es el resultado de una larga historia occidental que ha visto cómo se producía un creciente divorcio entre la fe religiosa y la razón científica. De este modo, nos vemos llamados a hacer que aparezca, en nuestra enseñanza, no sólo la compatibilidad, sino también la necesaria complementariedad entre la fe y la razón. Esto es lo que recuerda la encíclica que he citado anteriormente:

“La relación actual entre la fe y la razón exige un atento esfuerzo de discernimiento, ya que la razón y la fe se empujan y debilitan mutuamente cuando están enfrentadas. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha tomado sendas laterales que amenazan con hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha puesto el acento en el sentimiento y la experiencia, amenazando con dejar de ser una proposición universal. El ilusorio pensar que la fe, frente a una razón débil, puede tener una mayor fuerza; al contrario, cae en el gran peligro de quedar reducida a un mito o a una superstición. De la misma forma, una razón que ha dejado de tener una fe adulta delante de

10 JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Une espérance nouvelle pour le Liban*, n° 116.

11 MARTINI, CARLO MARÍA y HUMBERTO ECO, *In cosa crede chi non crede? Liberal*, Atlantide, Ed., Roma, 1996.

ella no se ve incitada a interesarse en la novedad y la radicalidad del ser"¹².

CONCLUSIÓN

Señoras y señores profesores

El cuidado de unir continuamente la competencia a la sabiduría y la competición a la solidaridad; la sujeción a valores universales que emanan de la humanidad del hombre y la apreciación de valores particulares propios de las diferentes culturas; el discernimiento entre figuras dialécticas que jalonan la relación de complementariedad entre la fe y la razón; la disponibilidad a encontrar verdaderamente a los que viven una fe distinta a la propia; tales son las aptitudes y las actitudes que cabe esperar de los jóvenes que tienen a su cargo. Es de este modo que podrán, en un mundo en que aumenta día a día la diferencia entre ricos y pobres, hacer prevalecer los principios de la justicia social; en un mundo en que la técnica mundializada tiende a ahogar la pluralidad de los modos de vida, afirmar el derecho a la diversidad cultural; en un mundo minado por el materialismo y el individualismo, promover los valores convergentes de la razón crítica y de la fe auténtica.

A estas disposiciones que les permiten asimilar los progresos de la modernidad y combatir los efectos perversos, los jóvenes libaneses están preparados por su arraigamiento en tradiciones sólidas, susceptibles de proporcionar garantías para un porvenir fecundo. Los vínculos de la solidaridad familiar y comunitaria son llamados a abrirse al

seno de una solidaridad nacional que los engloba; la coexistencia de comunidades es el germen de una convivencia marcadas por crecientes relaciones interculturales articuladas alrededor de la compartición de valores universalmente reconocidos; las alianzas religiosas sustraídas a la especulación política y resucitadas en el terreno de la fe han de poder suministrar este modelo de diálogo islamicocristiano que tanto necesita el mundo de hoy en día.

Me queda por formular un deseo: que el año del 125 aniversario de la Universidad de Saint-Joseph sea también el año de la instauración de una paz justa y definitiva en esta región del mundo, y de recuperación para el Líbano de su plena independencia y su libertad de elección. Para la universidad, ya comprometida con un vasto movimiento de desarrollo y de reforma, esta será una nueva etapa para la que debe prepararse desde el momento actual. En un contexto de paz, habrá de redoblar esfuerzos para seguir siendo realmente competitiva, manteniéndose a la cabeza de la modernidad, pero sin sacrificar nada de su tradición humanística y su inspiración cristiana. La reputación de la que goza y los espacios que ha establecido dentro del mundo universitario, más allá de las fronteras de la región en que está implantada, le permiten abordar el porvenir con confianza y esperanza.

12 JUAN PABLO II, encíclica *La fe y la razón*, n° 48.

**LA IDENTIDAD CATÓLICA
E IGNACIANA DE LA UNIVERSIDAD**

Dr. JOHN SWOPE LARKIN, S.J.¹

1 Ph.D Sociología, Universidad de Londres. Director del Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE). Chile. Presidente de la Red Latinoamericana de Documentación e Información en Educación (REDUC). Cofundador de la Asociación Latinoamericana de Investigación Educativa. Codirector del Southern Education Research Initiative (SERI). Miembro del Directorio de instituciones académicas y del comité editorial de publicaciones académicas. Ha participado en diversos proyectos de investigación y docencia.

Es un placer estar aquí y tener la oportunidad de participar en este simposio junto con un grupo de académicos tan destacados. En primer lugar, quiero identificarme con un grupo que nos llamamos, con JOSÉ LUIS (Dr. MENDIZÁBAL, S.J.), la patrulla juvenil del simposio, ya que no tenemos el camino recorrido de nuestros muy estimados colegas. Esperamos que nuestros aportes también sean de utilidad para iniciar una reflexión institucional sobre el futuro de la Universidad Católica de Córdoba.

Ciertamente, las orientaciones estratégicas de la universidad a futuro no se diseñan únicamente sobre las bases de análisis estratégicos, de los mercados educacionales, o del marco jurídico de las universidades de la República Argentina. Tampoco es aconsejable construir su futuro solamente sobre las bases de las funciones tradicionales de la universidad, como son, docencia, investigación y extensión.

Creo que la historia de la Compañía de Jesús también provee fuentes muy interesantes para esta conversación institucional sobre la dirección futura de la universidad.

Pero esta conversación estratégica se inicia en un momento muy difícil.

En América Latina al final de los años cincuenta, el P. JANSSENS, entonces General de la Compañía de Jesús tomó la decisión de fundar en un número de países de la región, los Centros de Investigación y Acción Social, o CIAS. Para fundar el CIAS en buenos Aires, como también el CIAS en Santiago, él

envió a Estados Unidos de América y a Europa a un número de jesuitas jóvenes a formarse en las ciencias sociales. Al mismo tiempo el P. JANSSENS envió a unos jesuitas, con destacadas trayectorias en las ciencias sociales y humanas, a acompañar a los equipos de los CIAS durante su período fundacional. Estos CIAS se levantaron en medio de un entorno moderno en que ocasionaron los primeros debates importantes sobre las políticas sociales. Lo que alimentaba ese entorno fue un conjunto de prácticas, actores, discursos que tenían su raíz en la Acción Católica. La Acción Católica a su vez se había levantado sobre la base de un tejido social estable sobre el cual tanto la Acción Católica y las políticas sociales emergentes de los años treinta y cuarenta buscaban las soluciones a los problemas sociales de los países. No existían grandes interrogantes en torno a la visión o las creencias compartidas ni a la misión. Esta visión y misión formaban parte de ese tejido social único, sólido y compartido ampliamente. Desde la visión y misión implícitas en ese tejido social amplio, sólo faltaba establecer objetivos, diseñar acciones concretas e implementarlas para ir mejorando las condiciones sociales del continente. Los CIAS se levantaron sobre esa base firme.

A comienzos del siglo XXI, estamos viviendo otro momento. El tejido social que caracterizaba los años en que fundaron los CIAS ha cambiado radicalmente. Su discurso, prácticas, estilos de trabajo originarios han perdido su relevancia. Ya no pueden seguir con el sueño de un tejido social único en que todos los conflictos e interrogantes se resuelven, como si existiera una estabi-

lidad en medio de la cual fuera posible levantar las instituciones con toda tranquilidad. El CIAS de Buenos Aires ha evolucionado y el de Santiago ha desaparecido definitivamente.

En ausencia de las seguridades que nos proporciona ese tejido único, requerimos de nuevos tejedores. Estos tejedores reconocen que el desarrollo estratégico de las instituciones académicas no es un asunto de plantear más objetivos, acciones y evaluaciones, sino que el tejedor lidera a su institución a reflexionar sobre la visión y la misión, porque entiende que allí está la fuente para redescubrir la identidad. La profesión de fe del P. PETTY, por importante que sea, es necesaria pero no es suficiente para definir la visión y misión de la universidad. La conversación estratégica de la universidad llevará a la comunidad universitaria a los acuerdos fundamentales, pero en el camino se presentarán muchas oportunidades de superar discrepancias, incluso sobre la visión de la persona y la sociedad.

Pretendo tocar varios puntos. En primer lugar, una reflexión sobre la identidad católica e ignaciana de la universidad, porque esas fuentes no se asocian principalmente con la definición de objetivos estratégicos sino con la conversación anterior sobre visión y misión. Creo que es de vital importancia para el futuro de la universidad. En segundo lugar, voy a tocar seis componentes de esa misión:

1. Los procesos de contratación de profesores y desarrollo profesional,
2. Pedagogía e investigación,
3. Aprendizaje a través de servicio social,
4. Desarrollo estudiantil,
5. Las iniciativas respecto a la diversidad y
6. El compromiso con el ámbito público.

UNIVERSIDAD E IDENTIDAD CATÓLICA

El carácter católico de una universidad de la Compañía de Jesús está en su relación histórica con la iglesia Católica y también el desarrollo del occidente con relación a la cultura católica. Para esta universidad, CRISTO y la Iglesia son fuentes de verdad, guías para los peregrinos cristianos, inspiraciones para el discernimiento y la toma de decisiones. Los valores católicos son normativos y con cuyas exigencias es difícil de cumplir: respeto total por la libertad de conciencia de cada persona; la libertad en investigación y enseñanza de acuerdo a los cánones de la disciplina elegida por cada académico; la búsqueda permanente de la verdad, de los derechos humanos y del bien común.

La universidad católica debería también caracterizarse por una participación en ese diálogo entre la cultura católica y la gran variedad de culturas contemporáneas, y por la búsqueda de la participación plena de la comunidad universitaria en la vida intelectual, cultural y espiritual que caracteriza sus tradiciones.

UNIVERSIDAD E IDENTIDAD IGNACIANA

Al interior de este marco de la identidad católica podríamos llegar a determinaciones más precisas, sobre todo desde el carisma de IGNACIO; desde el desarrollo de la pedagogía ignaciana y desde esa tradición amplia de más de cuatrocientos sesenta años, en la cual se ha cristalizado cada cierto tiempo indicaciones claras a cómo llevar adelante una institución educacional.

Hay características de un talante ignaciano que deberían formar parte de nuestra reflexión sobre *“el alumno que queremos formar”*. Vivimos en un mundo de políticas educativas en que los gobiernos se niegan a tocar el tema. En nombre de pluralismo y sobre la base de una visión de los valores como una serie de imposiciones, la reflexión sobre *“el alumno que queremos formar”*, se ha convertido en un tema tabú, y su introducción a las conversaciones en el ámbito público es considerada de mal gusto. La conversación sobre *“el alumno que queremos formar”*, pertenece al mundo privado: cada familia con sus propios recursos en una búsqueda solitaria a la respuesta privada a esa pregunta.

En una universidad de la compañía, reflexión sobre el alumno que queremos formar no es una pregunta relegada al mundo privado, sino que la conversación en torno a este tema es medular a la construcción de la identidad de la universidad. Me gustaría sugerir unas cinco o seis características de ese talante ignaciano. En primer lugar, *uno es el sujeto de su propia*

formación. Es una característica transversal de los *Ejercicios espirituales* de san IGNACIO. Creo que podría aportar a la orientación de nuestras prácticas pedagógicas en la sala de clases. En segundo lugar, *el sujeto histórico se identifica por su proyecto de vida*. Ese sujeto histórico que se proyecta en la historia también reconoce que el mundo es bueno. Creo que nuestra espiritualidad afirma lo bueno del mundo. Una tercera característica del talante ignaciano es que *un sujeto es diseñador y dueño de su historia*. Hay algo de ilusión en la espiritualidad ignaciana que también nos ayuda a identificar criterios para orientar nuestra misión institucional. Ese sujeto que es diseñador y dueño de la historia tiene que discernir y decidir, no de acuerdo a recetas fijas sino a través del procesamiento de muchas informaciones, buscando la voluntad de Dios, y cómo llegar a ser la persona que Dios quiere que sea. En cuarto lugar, *el sujeto define y medios*. Sobre ello tenemos que admitir que hay muchas confusiones en nuestro medio. La conversión de medios en fines ha producido grandes daños en la historia de la humanidad. En quinto lugar, IGNACIO contemplaba a cada persona como *un sujeto de grandes deseos*. Los grandes deseos son el motor de la historia personal y social. Los grandes sueños que orientan nuestro caminar y nos ayudan a analizar y conversar sobre lo posible. Los grandes deseos son el regalo más precioso que la universidad pueda entregar a sus alumnos. En sexto lugar, para IGNACIO el *conocimiento debe convertirse en acción*. Esta afirmación marca la diferencia entre universidad de la Compañía de Jesús y las universidades tradicio-

nales. Al mismo tiempo, esta característica del talante ignaciano se relaciona íntimamente con aquélla que hace referencia al sujeto capaz de definir fines y medios.

Creo que es importante para la comunidad universitaria, sobre todo en un proceso de reflexión estratégica, reconocer la sensatez del principio de gradualidad que destacó el papa PABLO VI en varios de sus escritos: ir de menor a mayor, en término de claridad de definición de la misión institucional y en términos del acercamiento de los alumnos a las personas que Dios quiere que sean. Tiene que ser muy modesto lo que se puede hacer, de año en año. Entonces yo me imagino que MIGUEL tendrá que ser muy cuidadoso en cómo plantea cambios y transformaciones que hacen al futuro de la universidad. Deberá ir cambiando lentamente, para que todos puedan participar en el proyecto de universidad.

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Con respecto a la misión de la Compañía de Jesús en el campo de la educación, es importante reconocer que en la "*Fórmula del instituto*" IGNACIO no hace ninguna mención de educación como campo de actividad apostólica para los jesuitas. Pero al poco andar, experimentamos un *de facto* ampliación del campo apostólico de la compañía. Entre las características claves de la propuesta educacional de la compañía encontramos las siguientes:

- Entregar a los alumnos claves para la vida diaria.
- Aportar al ámbito público.
- Perfeccionar nuestra naturaleza racional.
- Construir un punto de encuentro con la tradición religiosa, y de guiar a los alumnos hacia el fin para el cual fueron creados.

Esa definición ciertamente tiene su foco principal en la esperanza que la educación jesuita tiene para sus alumnos. Sin embargo, requiere un poco de traducción, en este comienzo de siglo XXI.

- La educación ignaciana es eminentemente práctica, enfocada a dar a los alumnos el conocimiento y competencia para buscar la excelencia en el campo profesional que ellos elijan.
- Concierno con la pregunta respecto a los valores, de entregar educación a hombres y mujeres para que sean ciudadanos responsables, buenos líderes, con una preocupación para el bien común y con la capacidad de recontextualizar lo que han recibido, en su educación, en acciones al servicio de la fe y la promoción de la justicia.
- La universidad debería ser una celebración de la diversidad de la academia, de variados campos académicos, disciplinas e intereses. Afirma la importancia de la razón, no como antitética a la fe, sino como su complemento.

- Afirma que el fin último de la persona humana, hombre y mujer, va más allá de lo humano. Aunque nuestra educación debería ser también una celebración de lo que es humano. IGNACIO pregunta reiteradamente: ¿para qué es el conocimiento? El conocimiento tiene misión.

Hay un fin que uno tiene que lograr percibir, ¿dónde va el conocimiento que estamos impartiendo a nuestros alumnos? El inicio a una reflexión sobre estas preguntas puede estar en una serie de frases ignacianas que todos nosotros conocemos: “*buscar a Dios en todas las cosas*”, “*buscar el bien mayor*”, “*servir a la fe y promover a la justicia*”, “*lograr una compasión efectiva con los más pobres*”.

Ahora me gustaría identificar ámbitos que pueden ser marcados con el sello ignaciano.

PROCESO DE CONTRATACIÓN DE PROFESORES Y DESARROLLO PROFESIONAL

Aquí hay una frase que circula en los ámbitos ignacianos que es: *contratar y formar* para la misión. ¿Cómo les parece eso? A lo mejor algunos lo reciben como amenaza y otros lo reciben como una especie de invitación. Creo que el futuro de la Universidad Católica de Córdoba, como una universidad jesuita católica va a construirse desde su profesorado. Es importante que tengan una fuerte dedicación a la enseñanza y que provengan de una gama vasta de disciplinas académicas. Sin excelencia

académica todo lo demás es una cortina de humo. Realmente ello debería ser lo característico de la Universidad Católica de Córdoba: buscar la excelencia y *competir*, es decir, *alcanzar juntos*.

Más allá de eso, yo creo que es importante que las facultades y departamentos se dediquen a buscar candidatos a profesor a personas dispuestas a entrar seriamente en diálogo con las tradiciones de la universidad. A lo mejor no van a poder firmar una declaración de fe a modo del P. PETTY, pero sí entrar en diálogo con las tradiciones más profundas de la universidad. Es un punto muy delicado, sobre el marco de la conversación que gira en torno al documento del Vaticano, *Ex Corde Ecclesiae*. Con todo respeto, es importante preguntar hasta qué punto tenemos que buscar seguridades y lograr que cada nuevo profesor represente la tradición académica de la Iglesia Católica. Creo que para la universidad católica jesuítica es importante que un académico muy destacado en su campo, esté dispuesto a entrar en diálogo con las tradiciones de la Universidad Católica de Córdoba.

Creo que hay que contratar a personas que tengan cierto entusiasmo para la educación ignaciana, pero tenemos que modificar nuestra perspectiva para entender el momento de contratación como el primer paso en una carrera profesional de la cual la universidad se hace cargo.

Lo que necesitamos es un programa sistemático y organizado de orientación, que sea abierto y atractivo a todos los profesores de la universidad, y que

dé pie a una especie de carrera de perfeccionamiento de los profesores. En algunas universidades jesuitas están explorando distintas ideas, y experimentando con programas pilotos. Es importante volver a conversar sobre la misión que comparten. Un simposio sobre la *misión*, por ejemplo, debería ser un requisito para todos los profesores que se incorporan a la universidad en donde el proceso es liderado por algunos de los profesores mayores o los que estén más dispuestos y más capaces de reflejar la vivencia personal de ser un profesor de la Universidad Católica de Córdoba; teniendo además un profundo conocimiento de nuestro paradigma pedagógico para entrar en interacción con los profesores nuevos para que no anden por los pasillos, sin conocer más que una serie de *slogans* sobre la educación ignaciana. Es importante entablar actividades en esa línea.

PEDAGOGÍA E INVESTIGACIÓN

En segundo lugar, junto con las prácticas de contratación pedagogía e investigación son muy importantes. La Compañía de Jesús hace un llamado para buscar una forma integral de abordar pedagogía e investigación que tome en cuenta lo humano. Las universidades de la Compañía de Jesús tienen cierto orgullo de poder diseñar cursos para todos los alumnos de la universidad. Una de las grandes dificultades que tenemos ahora en nuestras universidades en general es que ha habido una fragmentación del currículo compartido por todos los alumnos de la universidad, en donde se juega la visión del

mundo, es decir, todos los objetivos transversales de nuestro currículo. Hay mucha presión sobre ese currículo común, cada facultad quiere diseñar algo que sea específicamente para sus alumnos. Podríamos concluir, si bien tenemos algunos desafíos en el ámbito político en términos de convivencia, es importante que nuestras universidades rompan con una sobreespecialización que conduce a una fragmentación de nuestras instituciones.

Por un lado está el currículo que busque la especialización y por otro, el que enfatiza la formación general. Es un debate serio y no hay una solución única a ese problema, pero nuestra tradición apunta a la formación general y un currículo común para nuestros alumnos, en el que se trasmite y comparte con ellos nuestra visión del mundo.

Refiriéndome a la investigación, es muy importante tomar en cuenta dos realidades. Primero, el tema menor es el impacto de Internet. Nosotros que tenemos la posibilidad de incorporar búsquedas en Internet a nuestro quehacer de investigadores nos damos cuenta, que aunque uno realiza una búsqueda muy precisa, en el primer momento sale mucha basura, pero también aparecen muchas pistas que están en el límite de nuestros campos de conocimiento. Nos encontramos *surfeando* en mundos que están justo en el límite de nuestra disciplina con otra. Los casilleros de la especialización están cada vez más en peligro por nuestra forma de buscar en Internet y utilizar recursos no tradicionales en las investigaciones aplicadas.

En segundo lugar, es clave buscar la forma de incentivar la investigación en nuestras instituciones de enseñanza superior, en los sectores privados. En varias universidades hemos hecho asesoría en los últimos dos años porque han tomado la decisión de sacar en forma definitiva la investigación de los departamentos y formar —dependiendo del tamaño de la universidad— centros de investigación al interior de la universidad, conservando un cierto grado de autonomía. Dado el comportamiento en los últimos años de los fondos concursables, es importante reconocer que si uno no cuenta con un premio Nobel en la universidad, es muy difícil asegurar un financiamiento permanente para una línea de investigación. Y tal vez la estructura departamental sirva para la docencia, pero tal vez no sirva mucho para la investigación. Para promover la investigación estas universidades privadas han optado por sacar los investigadores de los departamentos y organizarlos en pequeños centros de investigación. Éstos tienen una administración muy eficiente de los fondos concursables, etc., saben incorporar distintos tipos de trabajos de formación y capacitación fuera de la universidad. Y cumplen muy importantes funciones de extensión, al dar a conocer a la universidad en otros ámbitos. Todos los docentes, todos los académicos, tendrán sus actividades de docencia en los departamentos y serán colegas en un equipo de trabajo en un centro de investigación universitario, al interior de la universidad pero al margen de los departamentos.

APRENDIZAJE A TRAVÉS DE SERVICIO SOCIAL

Me dio mucho gusto ver en la oficina del P. PETTY fotos de grupos de jóvenes que han ido a servir a las comunidades de la Patagonia. Es una actividad casi mítica en la universidad y me gustaría detenerme en el tema de los programas de aprendizajes a través de los servicios.

Vivimos en una sociedad de conocimiento. Pero esa sociedad se mueve. En las transacciones entre las personas, comunidades y naciones la moneda es las ideas y las actividades. En una sociedad, todo es movimiento y flujo. El conocimiento es algo estático en sí. El aprendizaje a través de la experiencia también es importante y va teniendo cada vez más importancia en nuestras instituciones educacionales. Los programas de servicio tienen mucha relación con la misión de la Compañía de Jesús en la educación universitaria, porque buscamos ahí promover la fe que hace justicia, que logra la justicia. Los programas de aprendizaje a través del servicio social son de gran importancia. A lo mejor la universidad podría sistematizar estas actividades de servicio y tener un pequeño centro de servicios y valores, para organizar un seguimiento mucho más sistemático a esas actividades.

Hay volúmenes de investigación sobre los impactos de estos programas en los alumnos, hay estudios de seguimiento de egresados a diez años, a quince años, de acuerdo a los métodos más rigurosos, sobre el conocimiento y el saber que los alumnos manejan a tra-

vés de experiencias de servicio social. Estos alumnos han sido impactados muy fuertemente por estas experiencias de aprendizaje a través del servicio. Nosotros buscamos no solamente a personas que puedan entrar en una situación y entenderla. Entender información, sintetizarla, etc., es razonable. Una persona razonable entra en una situación, se ubica, hecha a andar todos los procesos de decodificación de su entorno. Y se acomoda. Por eso todos los cambios se llevan a cabo por personas no razonables.

La universidad también tiene que hacerse cargo de lo no razonable, de lo ilusorio y lo posible. No nos interesa solamente que los alumnos sean bien ubicados, que sean buenos argentinos. También buscamos alumnos que tengan una sana locura, que sean un poco chiflados.

Esa chifladura de los agentes de cambio no es producto de la sociedad del conocimiento. El conocimiento no puede ser el único eje orientador de una institución educacional. De los programas de servicio social van a salir los líderes. Un líder es una persona no razonable, que tiene un algo de locura, porque va más allá de la idea de cómo ubicarse, de acomodarse en su entorno. El líder rechaza eso como proyecto de vida. Cuando abre los ojos por la mañana esa persona está buscando. Los líderes se forman a través de la experiencia de servicio, en donde se procesa mucha información, organiza estrategias de acción. Es una experiencia profundamente educacional.

Se rompe con el sentido común, se rompen los cánones de la persona ubica-

da y se va por otro lado. Eso también es una característica de nuestra educación.

DESARROLLO ESTUDIANTIL

Universidades ignacianas en distintos países han tomado la decisión de darle una atención especial a los alumnos de primer año. Si bien, como se ha señalado, hay una diferencia muy fuerte entre la función social de la escuela y la función social de la universidad. La formación de las habilidades básicas es uno de los objetivos de la educación escolar. Sin embargo, al recibir a los alumnos en la universidad, nos damos cuenta que esa formación no ha sido lograda. Tenemos que hacernos cargo de una característica de los alumnos de primer año, una especie de analfabetismo crítico.

A lo mejor ustedes han experimentado en una clase que al exponer una idea muy buena, esperan que sea recibida como un planteamiento polémico y que va a generar un gran debate. Lanza su idea, la problematizan muy bien, intentan generar diferencias de opiniones. Al poco andar, se dan cuenta que no pasa nada, hay un silencio absoluto, y no se sabe cómo salir de ello. Esto pasa porque hay un bajo nivel de criticidad en los alumnos. Se lo podría considerar como una especie de analfabetismo crítico.

Junto con esto yo creo que hay otro tipo de analfabetismo que nos preocupa, es un analfabetismo católico. La respuesta no es la clase de catequesis, va mucho más allá de eso. Nos preocupa una falta de criticidad, una falta de

conocimiento y sentir con la Iglesia entre nuestros alumnos. Una cierta sospecha de esas características de nuestros alumnos cuando tú planteas algo, les pides una respuesta y ellos responden tibiamente, como si estuvieran ensimismados. Esto dificulta mucho la atención, entrar en el diálogo con el conocimiento y entrar en diálogo con el otro.

Existen nuevos programas especiales en distintos países para los alumnos de primer año, que buscan responder a este problema. En una universidad este programa se llama *Programa alfa*. Allí buscan organizar grupos más bien pequeños de alumnos, de cualquier curso, cualquier carrera, cualquier disciplina. Y hay un contacto mucho más fuerte entre el profesor y los alumnos. Un contacto con grupos más pequeños es algo que requiere financiamiento.

POLÍTICAS Y DIVERSIDAD

La diversidad debería ser otra característica de nuestras instituciones académicas. El criterio de selección de oradores de este simposio es un buen indicador de la política de diversidad en cuanto a género. Nuestras instituciones deberían crear microcosmos. La universidad no puede ser un mundo artificial donde la diversidad se deja llegar hasta la puerta, sino que tiene que entrar a lo medular de la institución... diversidades de culturas, géneros, posturas religiosas. Es muy importante porque estamos viendo en nuestros países que se están haciendo fuertes las grandes colectividades, las etnias, los géneros, las clases sociales.

Es importante que nuestra universidad refleje esa diversidad, para que los alumnos tengan la experiencia de interactuar con distintos grupos y tendencias a lo largo de su carrera en la universidad.

COMPROMISO CON EL ÁMBITO PÚBLICO

Nuestras instituciones deberían tener un compromiso con el ámbito público. Es decir, el ámbito público es ese lugar de la vida nacional que cobra existencia cuando los ciudadanos intercambian opiniones sobre asuntos que influyen al bien común de la nación. Las universidades y los centros académicos independientes tenemos la obligación de salir al encuentro en el ámbito público. Conversamos con el Dr. ERNESTO SCHIEFELBEIN en el viaje desde Santiago, que no existe en Chile una conversación ordenada sobre las políticas educativas. Muchos de los proyectos del ministerio han sido evaluados, pero esas evaluaciones están desconocidas por la nación. Existe una especie de cacofonía de opiniones, pero no una conversación ordenada y sistemática sobre las políticas educativas de nuestro país. Esto me indigna. Me pregunto: ¿quién se va a mover para subsanar esto? El gobierno por definición no se va a mover, no le conviene. El aporte de las universidades en este ámbito es crucial.

Yo quiero invitar a todos a considerar algunas de estas opiniones sobre la contratación y desarrollo profesional de nuestros profesores, la pedagogía y las investigaciones, el aprendizaje a través de servicio, los programas

innovadores de desarrollo estudiantil, la importancia de la diversidad en la universidad y su compromiso con el ámbito público.

Yo les deseo mucha suerte en este período en que el P. PETTY va a ser su

rector y quiero que sea una experiencia de muy buen diálogo entre todos los que buscan juntos el rumbo que va a tomar la universidad.

Muchas gracias.

